

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 5, capítulo XLIV

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Carlos Sánchez Silva

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 5, capítulo XLIV

**Anotado y revisado por
Carlos Sánchez Silva
(UABJO)**

**con la colaboración de
Maira Cristina Córdova Aguilar**

Capítulo XLIV

La nación se prepara a la defensa

Noviembre de 1861

CAPÍTULO XLIV

LA NACIÓN SE PREPARA A LA DEFENSA

Noviembre de 1861

Termina octubre con el problema creado por la presencia del general Comonfort en Nuevo León y la categórica negativa de Vidaurri a cumplir los órdenes del gobierno federal para su captura. Los documentos con que se inicia el capítulo son ilustrativos respecto a esta enojosa cuestión.

Al iniciarse noviembre, como era natural dadas las comunicaciones de la época, en México se ignoraba el acuerdo al que habían llegado Francia, Gran Bretaña y España.

Pensando exclusivamente en una posible agresión española, el Gral. Zaragoza como ministro de Guerra inició el estudio de los preparativos de la defensa. El ejército mexicano era reducido, por lo que había que pensar en la guardia nacional como base de los contingentes militares.

El 31 de octubre envía al ministro de Justicia, encargado de la secretaría de Gobernación, una comunicación para que se hiciera una excitativa a los gobernadores para que éstos indicaran el número de "ciudadanos armados que pueden poner a disposición del mismo gobierno, haciendo los esfuerzos posibles para que cooperen con el resto de sus hermanos a la defensa de la patria". Al día siguiente el ministro Joaquín Ruiz, trasmitió en circular a todos los gobernadores el mencionado documento en el que, además, se daban instrucciones complementarias.

El gobernador de Querétaro contesta inmediatamente con un vibrante documento, invitando a los habitantes de la entidad a repeler la posible agresión española, pues no se consideraba la inminente participación británica y francesa.

Oaxaca no se quedó atrás y su Congreso y el Ejecutivo hacen pronunciamientos públicos ofreciendo luchar también contra el invasor español.

González Ortega, como gobernador de Zacatecas, reacciona con toda rapidez, tan luego recibe la circular del ministro de Gobernación y ofrece contingentes militares y "su espada", es decir, sobrepone sus resentimientos personales en aras de la defensa de la patria.

El inquieto doctor Miranda, ahora en Nueva York y más tarde desde La Habana, da a Gutiérrez de Estrada informes falsos o exagerados sobre la situación mexicana.

El gobierno francés designó como jefe de las fuerzas navales el vicealmirante Jurien de la Gravière, enviándosele a Oran las instrucciones oficiales y además un documento confidencial aclaratorio. En ellas se precisan claramente los planes intervencionistas y la decisión de elevar al futuro trono de México a Maximiliano. Ambos documentos muestran también la falacia de Luis Napoleón, pues se oponen a lo estipulado en la convención de Londres.

Jurien de la Gravière, desde la base de Oran en la costa mediterránea africana, expidió una proclama de aliento bélico pero pobre de contenido, pues se habla de que vendrán a defender una causa justa que gozará "en el seno mismo de México, los votos de todas las gentes de bien".

Se reproducen las instrucciones impartidas al Gral. Prim el 17 de noviembre y las complementarias del 15 de diciembre, que precisan la posición del gobierno español y permiten valorizar la valiosa actitud de Prim en México, al apartarse de esas instrucciones.

Saligny escribe al Gral. Serrano, capitán general de Cuba, todavía desde la ciudad de México, intrigando y transmitiendo informes falsos y exagerados.

Mientras tanto, los monárquicos mexicanos intensificaban sus actividades, colocándose en primera fila José Manuel Hidalgo, Gutiérrez de Estrada y el sacerdote Francisco Javier Miranda, quienes procuraban hacer a un lado a Miguel Miramón.

A mediados de noviembre se confirmó públicamente el nombramiento del Gral. Prim como jefe de la expedición española, por lo que Gutiérrez de Estrada pidió a Santa Anna que estaba en Jamaica, se trasladara a México para apoyar a las fuerzas invasoras y, concretamente, a los franceses en contra del Gral. Prim, a quien se ve con desconfianza y también para contrarrestar lo que pudiera hacer Miramón, de quien se teme estorbe los planes intervencionistas.

Fernando Maximiliano de Habsburgo, cuidadosamente, escribe a Gutiérrez de Estrada acusando recibo de la carta de Santa Anna, en la que se declara monárquico y ofrece sus servicios.

Ese mismo día, Maximiliano escribe a Gutiérrez de Estrada una interesante carta en la que prácticamente acepta su exaltación al trono de México, condicionada a "una manifestación nacional". . . que "... venga a comprobar de una manera indudable el deseo del país de colocarme en el trono".

Siguiendo instrucciones del presidente Juárez, el Gral. Zaragoza había comenzado a movilizar tropas hacia la zona vecina al puerto de Veracruz para constituir con ellas el ejército de oriente, designando como jefe al Gral. José López Uruga, quien se trasladó a la zona desde fines de noviembre. Ya el 6 de diciembre se encuentra en Cañada de Ixtapan e inicia su correspondencia con Juárez. Estas cartas de difícil caligrafía y de sintaxis confusa, están llenas de nimiedades e incongruencias, pero permiten conocer en su intimidad la situación de las tropas mexicanas a la llegada de los invasores.

López Uruga avisa que ya hay una escuadra frente a Veracruz, pero que un "norte" o la espera a que llegue Saligny de México ha demorado su desembarco; ello permitirá poder sacar materiales de guerra que estaban en San Juan de Ulúa. También celebra que Doblado encabece el gabinete, pero sugiere que a la vez desempeñe la cartera de Guerra.

Romero continúa diligente en Washington, visitando frecuentemente al secretario de Estado, Seward, sin lograr ninguna declaración categórica contra la intervención.

Juan Antonio de la Fuente escribe a Matías Romero una carta llena de lamentaciones, culpando de que los acontecimientos se hayan precipitado a la "malhadada ley sobre suspensión de pagos".

Como la concesión sobre la vía de paso por el istmo de Tehuantepec había quedado en manos de personas del sur, el secretario Seward pensó en la conveniencia de que se le diera nueva concesión al señor Hargous, a cambio de 10 millones de pesos.

Miramón pasó a mediados de diciembre por Nueva York y el cónsul de México, J. M. Durán, a solicitud suya, quedó autorizado a invitarlo en lo particular a ponerse a las órdenes del gobierno constitucional para repeler la agresión tripartita. El cónsul no pudo plantearle el asunto, pues no logró entrevistarle, pero supo que estaba decidido a trasladarse a La Habana para pasar a México en apoyo de los invasores.

Corwin informó a su gobierno que la Cámara de diputados rechazó la convención Wyke-Zamacona, por lo que había decidido retirar el proyecto de tratado, según el cual se concedía a México un préstamo.

El 15 de diciembre clausura su período de sesiones el 2º Congreso y en ese acto Juárez pronuncia un enjundioso discurso en que todavía confía conjurar el peligro de guerra "con un arreglo justo y equitativo, compatible con el honor y dignidad de la nación".

Contesta el presidente del Congreso, diputado Vicente Riva Palacio, en forma elocuente y precisa. Hizo sucinta relación de las labores del cuerpo Legislativo en ese período de sesiones, mencionando la ley de la suspensión de pagos de la deuda exterior y justificando la razón de la repulsa a la convención Wyke-Zamacona.

Frente a la amenaza de guerra, se ha expedido una ley de amnistía y ha dado facultades "omnímodas al Ejecutivo"; con sobrada razón declara que esta resolución es "la mayor prueba de confianza que jamás una asamblea Legislativa ha dado en el país al depositario del Ejecutivo, el Congreso fía a este poder la salvación de la República".

Es decir, en manos de Juárez el Congreso dejaba el destino de México frente a la agresión tripartita.

DOCUMENTOS

Noviembre de 1861

OFICIALMENTE SE REITERA A VIDAURRI LA ORDEN DE
APREHENSIÓN CONTRA COMONFORT

México, octubre 16 de 1861

Ciudadano gobernador del estado de Nuevo León y Coahuila:

Con fecha 15 y 20 de julio último, se previno por el supremo gobierno de ese estado que procediera inmediatamente a la aprehensión de don Ignacio Comonfort y que, bajo su responsabilidad, lo remitiera a esta capital para ser juzgado con arreglo a las leyes, como reo del atentado cometido en diciembre de 1857 contra la constitución y representación nacional.

En nota del 28 del mismo mes de julio, el ciudadano Domingo Martínez, encargado del gobierno por licencia concedida al gobernador propietario, contestó diciendo que hasta esa fecha no tenía noticias del arribo del Sr. Comonfort a territorio del estado, pero que libraba ya las órdenes preventivas a las autoridades correspondientes, para el cumplimiento de la orden suprema, en caso de que dicho reo pisara el territorio, lo que le parecía natural, supuesto el permiso que su antecesor en el gobierno le había dado.

En espera del cumplimiento de la orden suprema, vio el gobierno en el número 55 del *Boletín Oficial* de ese estado, correspondiente al 15 de agosto, que el 8 del mismo llegó don Ignacio Comonfort a esa capital, no obstante las órdenes que para su aprehensión se tenían comunicadas.

En tal virtud, este ministerio dirigió una nota a ese gobierno, previniéndole que a vuelta de correo diera aviso de estar cumplidas sus órdenes.

Y, como hasta la fecha no ha tenido contestación, el ciudadano Presidente de la República me ha ordenado manifieste a usted que, si

dentro del término de 20 días no recibe aviso de estar acatadas sus disposiciones respecto a don Ignacio Comonfort, procederá a hacer efectiva la responsabilidad que le resulta al gobernador de ese estado, por desobediencia a las órdenes del gobierno general en un asunto de tal magnitud, en que está interesada la paz pública y la dignidad nacional.

Lo que comunico a usted para su inteligencia y fines expresados.

Dios y libertad.

(Joaquín) Ruiz

VIDAURRI SE NIEGA A OBEDECER POR CONSIDERAR
ANTICONSTITUCIONAL LA ORDEN CONTRA COMONFORT

Ciudadano ministro de Gobernación:

Tengo la honra de contestar la comunicación de usted de 16 del que acaba, manifestándole que me es absolutamente imposible aprehender al Sr. Gral. don Ignacio Comonfort, como en ella se me previene; primero, porque el contenido de esa orden y su objeto es inconciliable con el tenor literal de la constitución que, al especificar los delitos porque puede ser juzgado el Presidente de la República establece el tiempo y formas de procedimiento en esta clase de juicios; segundo, porque en el estado de anarquía que devora al país en que sólo imperan las pasiones políticas que se disputan la posesión del poder público, no se lograría otra cosa que enardecer los odios y aumentar un elemento más de la discordia que divide a los mexicanos y lleva a la nación a su ruina; tercero, porque contra las razones expuestas se me exige el sacrificio de mi conciencia, mandándoseme que cometa una acción degradante al gobierno que desempeño y al estado que represento, no menos que al sentimiento de la propia dignidad, como sucedería si aprehendiese y entregase a un enemigo al hombre a quien di un asilo después de haber pedido a su juez que se le juzgara y de haber declarado la soberanía nacional, solamente, que había dejado de ser presidente desde 17 de diciembre de 1857.

No es, pues, desobediencia, sino la incontrastable fuerza de las razones que preceden la que me obliga a no obsequiar la expresada orden y aquí debo llamar la atención del ciudadano ministro con quien hablo, sobre la imperiosa necesidad de proporcionar a los pueblos su primer bien, la primera y más esencial condición de su vida política y social, la paz que tanto distan y que, atendido al fatal estado de las cosas, mal podría lograrse por otros medios que no sea el llamamiento al orden, la

fusión de los rencores y la conciliación de los mexicanos, hecho por los supremos poderes de la unión, para que sobre esta primera base pueda apoyarse la moral relajada por las pasiones y las leyes violadas generalmente por el estado anormal en que nos hallamos, desapareciendo al mismo tiempo la devastación y la mortandad.

A muchas otras reflexiones da lugar este asunto en apoyo de la presente contestación, pero, por lo mismo que es desagradable y complicado, he querido reducirlo a formas breves y a sus relaciones con la ley fundamental y la paz pública.

Suplico al ciudadano presidente, tome en consideración lo expuesto y, desoyendo la grito de las pasiones, ejerza una de sus más nobles prerrogativas, dándole un sesgo prudente; mas, si no tuviese a bien hacerlo, prefiero la responsabilidad con se me amenaza y de que estoy exento por la constitución, antes que contribuir a acrecentar la vehemencia de los ánimos con un acto que, por otra parte, me llenaría de oprobio.

Protesto a usted mi particular consideración y aprecio.

Dios y libertad, Monterrey, octubre 31 de 1861.

Santiago Vidaurri

CIRCULAR DE LA SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN DANDO
AVISO QUE ESPAÑA ORGANIZA UNA EXPEDICIÓN PARA
INVADIR LA REPÚBLICA Y SE ORDENA A LOS
GOBERNADORES QUE REMITAN NOTICIA DE LA FUERZA CON
QUE CONTRIBUYEN A LA DEFENSA NACIONAL

Con fecha de ayer dice a esta secretaría el ciudadano ministro de la Guerra, lo siguiente:

Las noticias de Europa, que el último paquete inglés ha traído, son las de que al fin la España organiza una expedición armada para invadir la República, con el fin de hacer que se reconozca y lleve a efecto el inicuo tratado Mon-Almonte. El gobierno de la nación está firmemente resuelto a repeler la fuerza con la fuerza y no omitirá para ello medio ni sacrificio alguno, pues abriga la convicción íntima de que es preferible la ruina del país, al humillante e injusto abuso de que se pretende hacerlo víctima.

La fuerza armada que ha de emplearse en la lucha, es la que de preferencia tiene que ocupar el gobierno y, por esto, es que me dirijo a usted en nombre del ciudadano presidente, para que recabe del gobierno de cada uno de los estados, la manifestación expresa de los ciudadanos armados que puede poner a disposición del mismo gobierno, haciendo los esfuerzos posibles para que cooperen con el resto de sus hermanos a la defensa de la patria. Excitará usted a los ciudadanos gobernadores para que en la noticia se exprese separadamente el número de infantes, dragones y artilleros de que consta el contingente de cada estado y para que, a la mayor brevedad posible envíen a usted dicha noticia, a efecto de que se sirva transmitírmela, pues que tiene que servir de base a ulteriores disposiciones.

Y lo traslado a usted a efecto de que tenga su puntual cumplimiento la preinserta orden y lo excito para que a la mayor posible brevedad y, si es posible, a vuelta de correo se sirva contestar, haciendo las explicaciones que se recomiendan, puesto que la gravedad del asunto de que se trata exige la mayor violencia en las operaciones ulteriores de que debe ocuparse el supremo gobierno.

Dios y libertad, México, noviembre 1º de 1861.

(Joaquín) Ruiz

MANIFIESTO DEL GOBERNADOR DE QUERÉTARO AL PUEBLO

José María Arteaga, general de la República Mexicana y gobernador del estado libre y soberano de Querétaro, a sus conciudadanos:

¡Queretanos! Un grande acontecimiento se presenta y mi deber es que sea el primero en ponerlos al tanto de él. Allende los mares la nación española que ya tiene tantos títulos a nuestro odio, prepara otra vez sus cadenas de conquistador para nuestra patria, aprestando otra vez sus escuadras para venir a posesionarse de nuestro suelo y volver a imponernos su afrentoso yugo.

Sí, queretanos, el rompimiento entre México y España es ya inevitable; volveremos a ver flamear el odioso pabellón español en nuestro suelo, volveremos a ser tributarios los que éramos señores.

Pero, no; tengo la íntima convicción de que los mexicanos recordarán con orgullo que en otra época tuvieron bajo sus pies a esos mismos hombres que hoy los amenazan y, haciendo a un lado todo frívolo pretexto de desunión, formarán esa masa compacta de un pueblo que defiende el suelo de sus padres y sabrá repeler a los bandidos, para quienes sería poco nuestro territorio.

Venga, pues, esa horda de aventureros amagando una nación como la nuestra que ha enriquecido a tantos de ellos; encontrará los mismos mexicanos que en 1810 supieron desafiar su poder.

Queretanos: en nombre de la patria hoy os conjuro para que os aprestéis a la defensa; la cuestión que se nos promueve es de interés para todos y cada uno de nosotros; responded a las amenazas de esa odiosa nación con vuestros gritos de guerra.

Apenas el primer cañonazo español interrumpa el silencio de nuestras costas seremos los primeros en contestarlo y protesto a la faz de la nación, que yo, como muchos mexicanos, mientras tengamos una gota de sangre en las venas, ésta nos animará para la defensa de nuestra patria.

La hora suprema se acerca ¡mengua y baldón para el que no acuda a la defensa de su patria!

Queretanos ¡Viva la nación Mexicana! ¡Viva la independencia!
¡Viva la libertad! ¡¡Odio a nuestros antiguos dominadores!!

Querétaro, noviembre 5 de 1861.

José María Arteaga

PROCLAMA A LAS FUERZAS MILITARES DE QUERÉTARO

José María Arteaga, general de la República Mexicana y gobernador del estado libre y soberano de Querétaro, a las fuerzas de su mando:

¡Compañeros de armas! Por fin la nación española mueve sus escuadras contra la nuestra; pronto veremos su odioso pabellón flamear en nuestros mares y escucharemos el grito de desafío a los mexicanos; pero hombres como éstos no se dejan aterrar tan fácilmente por los que antes fueron sus verdugos. Ante el peligro de la patria desaparecerá toda idea de desunión y vosotros, soldados mexicanos, vosotros que habéis sabido con un valor sin ejemplo afrontar toda clase de fatigas, no tendréis ya que disparar vuestras armas, como desgraciadamente ha sucedido hasta hoy, contra vuestros hermanos extraviados, sino que tendréis con ellas que defender el territorio y existencia de vuestros hijos.

Los hombres que por espacio de 300 años fueron los usurpadores de nuestro territorio, hoy se presentan amenazantes queriendo reconquistar su dominio; esos hombres que han derramado a torrentes la sangre de nuestros padres, aún sienten una sed devoradora de la nuestra y de la de nuestros hijos y vienen a saciarla.

¡Soldados mexicanos! que esos maldecidos verdugos de vuestra raza hallen nuestras bayonetas entre ellos y el pecho de la madre patria. Acordaos que ya esta orgullosa nación se ha arrastrado vencida bajo vuestras plantas.

¡Soldados de la patria! Aprestaos al combate; siempre me tendréis a vuestro lado y seré el primero en morir por ella, porque primero muertos los mexicanos que tributarios de tan corrompida raza.

¡Soldados! ¡¡Viva la República Mexicana!! ¡¡Viva la
independencia y libertad!! ¡¡Viva el ejército Nacional!! ¡¡Odio eterno a
los que osen profanar nuestro suelo!!

Querétaro, noviembre 5 de 1861.

José María Arteaga

OAXACA SE PREPARA PARA RECHAZAR LA INVASIÓN

Ciudadano jefe político del distrito de...

Por disposición del ciudadano gobernador del estado, envío a usted ejemplares del acuerdo del soberano Congreso de esta fecha y del manifiesto que se hace al pueblo oaxaqueño sobre las diferencias de la República con la monarquía española.

El gobierno no cree segura ni inminente una guerra nacional; pero como la patria debe estar en guardia desde el primer momento para defender su independencia y sus libertades, el gobierno confía en que usted, procurando mantener la paz pública, excite el patriotismo de los ciudadanos y medite las providencias más eficaces para que los pueblos se encuentren, en un caso de guerra, en disposición de resistir la fuerza con la fuerza, para salvar a la República y hacer efectivas su soberanía e independencia.

Independencia, libertad y reforma, Oaxaca, noviembre 6 de 1861.

(José) Esperón
Secretario

EL CONGRESO DE OAXACA OFRECE LOS SERVICIOS DE SUS CIUDADANOS

Ciudadanos diputados:

Las comisiones de Guerra, Gobernación y Hacienda unidas, cumpliendo con el honroso cargo que se les ha hecho y en vista de lo expuesto a la Cámara a nombre del gobierno por el ciudadano secretario del despacho sobre los peligros consiguientes al próximo rompimiento con España, tiene el honor de sujetar a la deliberación del Congreso, el siguiente acuerdo económico:

Artículo 1º—El gobierno del estado puede ofrecer al de la unión el patriotismo y los servicios de todos sus ciudadanos.

Artículo 2º—Puede poner a sus órdenes la guarnición que actualmente existe en el territorio y cinco mil hombres o más que se organizarán con la violencia necesaria.

Artículo 3º—El gobierno puede tomar las providencias más fecundas y más prontas, así para comenzar la recluta como para excitar el patriotismo del estado.

Artículo 4º—La comisión de Hacienda, en vista de las noticias y los presupuestos que presente el Ejecutivo, se ocupará de arbitrar ordinaria o extraordinariamente los recursos indispensables, presentando al Congreso su dictamen conforme lo vayan exigiendo las circunstancias.

Artículo 5º—El gobierno, a nombre del estado y del Congreso, publicará, por medio de un manifiesto solemne, la situación que guardan con España nuestras relaciones, sin mezclar a las otras potencias amigas y excitará el sentimiento patriótico de los oaxaqueños.

Sala de comisiones, noviembre 5 de 1861.

Septién
Maqueo
Castro
García y Goytia

Ballesteros
Posada
Carrasquedo
Rosa

Primera lectura y, dispensada la segunda, se puso a discusión y, sin ella, fue aprobado nominalmente por unanimidad.

Es copia certificada. Oaxaca, noviembre 5 de 1861.

Manuel S. Posada
Secretario

MANIFIESTO DEL GOBERNADOR DEL ESTADO DE OAXACA A SUS CONCIUDADANOS

El gobierno del estado se encuentra en la necesidad de presentar al pueblo oaxaqueño la situación de la República en sus relaciones y diferencias con la monarquía española.

La cooperación y la parcialidad del gobierno y de los ciudadanos de la antigua metrópoli, siempre enemiga de nuestras libertades y de nuestra independencia, han prolongado en México una guerra desastrosa, en que mil veces manos extranjeras derramaron la sangre de nuestros hermanos, levantándose para combatir en pro de una facción traidora, bastarda y maldecida.

El partido del retroceso, de la esclavitud y de la tiranía, aliado con los españoles, ha combatido sin tregua, ha hundido el país en la desgracia y, derrotado en la lucha, demanda entre la vergüenza y el escándalo de los pueblos libres, el auxilio y las armas de los reyes de España para venir a amenazar con la fuerza una nación independiente, libre y soberana.

Después de la guerra heroica de la reforma, la patria tendrá tal vez que combatir de nuevo contra los enemigos extranjeros; el peligro no es inminente, pero tampoco es imposible. El gobierno y el Congreso del estado creen de su deber manifestar a los pueblos un acontecimiento en que el nombre de México saldrá nuevamente triunfante, reivindicado y esclarecido.

La reacción pactó, en sus días de bonanza, con la monarquía española, el tratado sacrílego de Mon-Almonte, de ese bastardo cuya memoria será eternamente maldecida; España, en su delirio, pretende que se cumpla ese contrato infame que ajaría la dignidad del pueblo mexicano y la nación herida, pero robusta todavía y llena de valor, debe

rechazar, dado caso, con decisión y con fe, ataque por ataque, insulto por insulto.

La guerra siempre es una desgracia; México será un enemigo generoso pero si el gobierno de España arroja el guante, la República lo recogerá con brío para devolvérselo tinto de sangre entre el orgullo de sus victorias.

El pueblo mexicano ha reconocido su fuerza y su soberanía y ni la reacción inmunda que va a mendigar el auxilio extranjero, ni la España entera, ni poder alguno de la tierra le arrancarán su libertad; un pueblo es omnipotente cuando sostiene sus derechos, cuando su causa es justa y cuando tiene un corazón tan lleno de fuego y tan joven, como el de los pueblos de América.

Las pretensiones del gobierno español, seducido por nuestros enemigos, son influir en los destinos y la política de la República; pero si sus soldados se presentan en nuestras fronteras, ya no a los desarmados hijos de la antigua Anáhuac, sino a los ciudadanos de la República de México encontrarán en su camino.

El gobierno y el Congreso del estado, al dar cuenta al pueblo de estos sucesos, tienen la confianza y el orgullo de contar en cada ciudadano un valiente y en cada brazo un fusil. Cuando llegue la hora del combate, llamará, en torno de la bandera de la patria, a todos los oaxaqueños, su gobernador y conciudadano.

(Oaxaca, 5 de noviembre de 1861).

Ramón Cajiga

EL GOBIERNO DE ZACATECAS OFRECE CONTINGENTES MILITARES

Zacatecas, noviembre 10 de 1861

Ciudadano ministro de Gobernación
México

En el acto que recibí la comunicación de usted de 1º del corriente, en la que me transcribe la que le dirigió el ciudadano ministro de la Guerra, la pasé, con el carácter de urgente, a la Legislatura del estado, para que acordara lo conveniente respecto de su contenido y este cuerpo, considerando la naturaleza y seriedad de este asunto, ha resuelto con la prontitud que demandaba el caso, lo que verá usted en el dictamen que por acuerdo de la misma Legislatura tengo la honra de acompañarle.

Por parte de este gobierno y en uso de la autorización que se le concede, debo manifestar a usted que, si por desgracia llega a tener su verificativo la guerra de España, el supremo gobierno puede contar con 2,000 hombres perfectamente armados y equipados y con dos baterías de grueso calibre, componiéndose los primeros de 1,800 infantes, 200 dragones y 160 artilleros; además, si concluye la sublevación de los latorreaccionarios de la Sierra de Alica, cuyas fuerzas en grueso número han comenzado a atacar algunas de las poblaciones de la frontera de este estado, aunque no han sido muy felices en su empresa, entonces puede el supremo gobierno disponer de cuantos recursos y elementos de guerra tiene Zacatecas y si me decido ahora conservar parte de éstos, es porque de otra manera perderíamos el estado o una parte de él, en cuyo caso Zacatecas sería una entidad nula en la guerra extranjera que amenaza a la República.

Repito, pues, que si concluye lo de la Sierra de Alica, el gobierno de la unión puede disponer en el estado de Zacatecas, de 4,000 infantes, 500 caballos, 500 artilleros y 60 piezas de artillería.

No creo por demás decir a usted que pienso de la misma manera que la Legislatura de este estado, cuyos conceptos verá usted en el dictamen de que ya he hecho referencia.

El personal del gobierno del estado de Zacatecas, tiene también la honra de ofrecer su espada y sus pequeños servicios al gobierno general de la República, si llegase a efectuarse la guerra mencionada.

Libertad y reforma.

Jesús González Ortega

Solero de la Torre

OAXACA PRECISA SU APORTACIÓN MILITAR

México, 20 de noviembre de 1861

Ciudadano ministro de la Guerra

El ciudadano gobernador del estado de Oaxaca,¹ me dice, con fecha 6 del corriente, lo que sigue:

El gobierno del estado no desoye el llamamiento que hace usted a los hijos de Oaxaca, para que con el arma al brazo sostenga la libertad y la dignidad de México, amagadas por la audacia y la fuerza del gobierno español; por lo mismo y, a reserva de poner a disposición de ese supremo gobierno el mayor número de hombres que reclute y la mayor suma de recursos que acopie, puede usted asegurar al primer magistrado de la República que quedan desde luego a sus órdenes dos mil hombres armados, incluso 200 artilleros, dos obuses de a 36, cuatro cañones de batalla de a 12, cuatro id. de id. de a ocho, dos culebrinas de a cuatro y 18 obuses de montaña de a 12, todos estos dotados con abundante parque.

El infrascrito tiene el honor de acompañar a usted copia certificada del acuerdo que el Congreso del estado aprobó ayer con relación a la guerra que promueve la España y protesta a ese supremo gobierno que lo resuelto por el Congreso se cumplirá exactamente, pues nada son los sacrificios que se impongan al estado cuando tienden a conservar la dignidad de un pueblo que quiere ser libre.

¹ Ramón Cajiga.

Renuevo las protestas de mi aprecio y atención.

Y lo inserto a usted, con copia de lo que se cita, como resultado de su nota relativa.

Dios y libertad.

Es copia.

F. J. Villalobos
Oficial mayor

MIRANDA, DESDE NUEVA YORK, VE CON DESCONFIANZA LA
SITUACIÓN MEXICANA

Nueva York, 6 de noviembre de 1861

Sr. José María Gutiérrez de Estrada
París

Apenas llegado aquí, no tengo sino pocas cosas que comunicarle respecto a nuestro importante asunto, al no poder darme una justa idea de la situación de México. La única noticia que acabo de saber por cartas que me han llegado, es que nuestro infeliz país continúa debatiéndose en la más agotadora y espantosa revolución. No se pasa un día sin que esté marcado por nuevos escándalos y actos inauditos imposibles de describir. El espíritu de ferocidad señala paso a paso el progreso de la revolución. Testigo es el hecho de haber sacado de su lecho de muerte al general conservador (Marcelino) Cobos y después de haberlo decapitado se envió su cabeza a México, donde permaneció expuesta para escarmiento público y fue objeto de las más horribles y bárbaras bacanales.

Como consecuencia de tales hechos, así como a causa del estado de opresión en que se encuentran los nuestros, es que he llegado a convencerme de las dificultades que encontraremos para obtener la expresión de un voto que tenga las apariencias de un voto nacional en el sentido que nosotros deseamos. No hay que hacerse ilusiones; no se puede esperar de una sociedad en disolución, tal como la nuestra, ese signo de vida que puede dar la que está simplemente enferma.

Siendo así, en el caso de que no sea posible reunir un Congreso o una asamblea nacional a causa de las dificultades que puedan surgir, pregunto yo, ¿no bastará con procurarse una petición —secreta por el momento— firmada por tantas personas como fuera posible que

solicitaran el establecimiento de la monarquía? Es decir, ¿bastará con realizar en México lo que nosotros deseáramos que fuese hecho por todos nosotros, residentes en el extranjero? Respóndame sobre el particular, se lo suplico, lo más pronto posible.

Sería útil y aun necesario que usted pudiese enviarme una biografía del archiduque como también una fotografía si usted puede procurármela, pues hay que tratar de hacer conocer a nuestras poblaciones a este príncipe que ellas no conocen y que no tienen ningún motivo para amar. Esta biografía deberá ser publicada en el momento oportuno.

Entre las noticias que deben ser confirmadas hay una según la cual el Gral. Márquez ha desconocido a Zuloaga como Presidente de la República. Esto no tendría nada de extraño y, en todo caso, no sería sin buenas razones que el Gral. Márquez hubiera actuado así, seguros como debemos estar de que es el único jefe capaz de tener principios firmes y de actuar siempre de acuerdo con estos principios. Se agrega al mismo tiempo que Márquez proclamó como presidente al Gral. Almonte. De ser verdad, tendríamos la mitad ganada para el éxito de nuestra empresa.

En México un elevado número de conservadores desconfían de la intervención, temiendo que tenga por resultado ratificar las inicuas adquisiciones hechas por los extranjeros de los bienes del clero, y es esencial que los jefes de las fuerzas aliadas tengan sobre este punto instrucciones muy precisas.

Espero que los intereses creados no nos susciten graves resistencias para obtener la reparación exigida a la justicia y que es tan necesaria para el éxito de nuestra causa, pues, nótelo bien, si la iglesia no nos procura los recursos necesarios para las necesidades más urgentes, yo no puedo concebir de dónde podremos obtenerlos.

Francisco Javier Miranda

EL GOBIERNO FRANCÉS TRANSMITE INFORMES A DE LA
GRAVIÈRE

París, 11 de noviembre de 1861

Al Sr. vicealmirante Jurien de la Gravière
Señor almirante:

He creído indispensable informaros de la manera más completa posible de las circunstancias que han obligado al gobierno del emperador a adoptar, respecto de México, las graves resoluciones que conocéis. En consecuencia, tengo la honra de dirigiros la nota adjunta que contiene la exposición de nuestras quejas contra ese país.

(Antoine Edouard) Thouvenel

NOTA SOBRE LAS QUEJAS DE LA FRANCIA

Noviembre de 1861

Hace algunos años que la situación de nuestros nacionales en México se ha resentido cruelmente, no sólo del estado de desorden del país, sino también de la inestabilidad de los gobiernos y de una continuidad de disensiones intestinas que ha producido varias veces la coexistencia de varias autoridades de hecho. El respeto que la Francia profesa a la independencia de las demás naciones, le imponía el deber de no buscar el remedio de esos males sino por la vía de las reclamaciones diplomáticas, en tanto podía esperar que éstas no serían del todo ineficaces y mientras no veía en los perjuicios causados a sus nacionales sino las consecuencias momentáneas e inevitables del estado político de aquella República, tanto para ellos como para los ciudadanos de México. Así fue como en 1852 se estableció la primera convención que debía asegurar el arreglo de las reclamaciones que existían en aquella época. Los mismos hechos que habían hecho necesaria su conclusión, no tardaban, sin embargo, en reproducirse y abrían para los años siguientes una serie de nuevas reclamaciones para las cuales nuestros agentes en México no se encontraban en estado de obtener satisfacción en presencia de la impotencia del gobierno central para rehacerse del poder que se le escapaba en una gran parte del territorio para pasar a manos de los que lo combatían.

Ante la manifiesta inutilidad de los esfuerzos de nuestros agentes para obtener reparación de los perjuicios de todo género causados a sus residentes, pareció indispensable enviar en 1858 al almirante Penaud a Veracruz, con la misión de pedir en primer lugar el pago del atraso de la convención de 1853 y además indemnizaciones, cuya cifra era considerable para los franceses, que con posterioridad a esta convención

habían sufrido actos de violencia y de pillaje en diversos puntos de México, cuyos actos habían sido cometidos por jefes o autoridades del gobierno establecido en Veracruz. El comandante en jefe de nuestras fuerzas navales creyó deber obrar con suma moderación. Se abstuvo de emplear medida alguna coercitiva y se contentó con negociar al principio de 1858 un convenio destinado a celebrar un nuevo arreglo, al menos en parte, de la cuestión de nuestras reclamaciones; pero apenas se había separado de Veracruz el almirante Penaud, cuando todas las dificultades que había debido suponer allanadas, volvieron a aparecer desde luego.

La coexistencia en México y Veracruz de dos gobiernos que se disputaban mutuamente su legitimidad y cuya impotencia para establecer una administración definitiva era tan grande, no sólo daba por resultado el perjudicar a cada instante los intereses de nuestros nacionales y aun crear a menudo entre ellos un desagradable antagonismo, sino que también nos colocaba muy a menudo en una posición en que se hacía imposible protegerlos.

Los embarazos de tal situación no sólo se hacían sentir por nosotros; las demás potencias europeas que tienen comprometidos grandes intereses en México, es decir, la Gran Bretaña y principalmente España, sufrían lo que nosotros. Las preocupaciones de igual naturaleza que este estado de cosas debía, en consecuencia, inspirar a los tres gobiernos, los indujeron a pensar, según el juicio particular de cada una de las tres potencias, que la reconstitución de un poder único y supremo en México, cuya acción pudiera ejercerse en todo el territorio era el único medio de restituir a este país y a sus habitantes nacionales y extranjeros, el orden y la paz que profundamente turbaba una lucha sangrienta, cuyo término no podía preverse. Por otra parte, no podía entrar en las miras del gobierno francés ni en las del británico, sofocar el resultado, prestando exclusivamente a uno de los dos partidos el apoyo material que le permitiese dominar al otro. Desde entonces los dos gobiernos creyeron unánimemente que la sola marcha que debían seguir a fin de arrancar a México la anarquía que lo devoraba, consistía en interponer su mediación amigable entre los dos partidos, conduciéndolos así a que pudieran entenderse libremente sobre las condiciones de la reorganización fuerte y

perdurable de México. Las tentativas que bajo este aspecto surgieron inevitablemente con frecuencia en 1859 y 1860, fueron por desgracia infructuosas desde su iniciación. Las indicaciones de los agentes extranjeros fueron rechazadas y vistas con indiferencia sus proposiciones conciliatorias, aun cuando las hubiesen despojado sus autores de cuanto pudiera darles una apariencia de ingerencia en los negocios interiores del país. Es evidente que desde ese momento teníamos el derecho de asegurar, directamente y de la manera que juzgásemos más eficaz, la protección de nuestros nacionales y de sus intereses, si se persistía en hacer a la vez del estado político del país un pretexto para someterlos a toda especie de extorsiones y un argumento para prescindir de su responsabilidad y reparación. Por eso pensamos en reiterar una vez más nuestros repetidos esfuerzos de conciliación, hasta que, a fines del año último, la situación se modificó completamente por los sucesos que precipitaron la caída del Gral. Miramón, instalando en el mismo México el gobierno que presidía el Sr. Juárez en Veracruz.

Los obstáculos que el estado de cosas anterior oponía al reglamento de nuestras reclamaciones, parecían dispersarse por el triunfo definitivo de una de las dos fracciones beligerantes. Estábamos en presencia de un gobierno investido, en adelante, por la sola autoridad soberana en México. Había, pues, llegado el momento de pedir de nuevo satisfacción a nuestras quejas, demasiado justas. La esperanza de que serían escuchadas pareció realizarse un instante. Los hombres en cuyas manos se encontraba completamente reconstituida la dirección de los negocios, parecían admitir nuestras proposiciones conciliadoras y nuestro representante en México que no vaciló en reconocer al nuevo gobierno, concluía con él una convención que parecía atestiguar un sincero deseo de resolver con equidad todas nuestras dificultades pendientes. Ya nos felicitábamos de aquel resultado que, por su naturaleza, prometía la vuelta de la seguridad para nuestros conciudadanos allí establecidos y el mejoramiento para el porvenir de nuestras relaciones con México, pero el gobierno de Juárez cometiendo nueva y súbitamente los más deplorables errores de la administración mexicana, impulsó a las legaciones de Francia e Inglaterra a romper toda relación diplomática con él.

Propuso e hizo votar por el Congreso el 17 de julio último, una ley cuyo primer artículo sanciona la supresión durante dos años de las convenciones extranjeras; es decir, disuelve obligaciones solemnes, anula los compromisos contraídos y retracta todas las garantías de reparación que con tanto trabajo habíamos obtenido. El gobierno mexicano ha querido explicar esta injustificable conducta con razones sumamente débiles; pero lo cierto es que ha querido disponer de los fondos sobre derechos de aduanas que estaban con antelación destinados para el pago de las convenciones extranjeras. Una violación tan patente de compromisos indiscutibles manifestaba de un modo tangible su sistema de no respetar noción alguna de derecho ni de justicia, así que pudiera aprovecharse un obstáculo que se opusiese a sus conveniencias, sembrando de esta manera la duda en los representantes de Inglaterra y Francia, que decidieron entonces romper con él toda relación diplomática. La actitud tomada por éstos, no podía menos de ser aprobada en París y Londres y, en consecuencia, se les ha hecho saber así, previniéndoles que se retirasen de México si no obtenían la derogación inmediata de la ley del 17 de julio último y el establecimiento en Veracruz y Tampico de comisarios designados por las potencias interesadas para asegurar que se les entregasen los fondos de las aduanas, consignados al pago de las convenciones extranjeras, así como el de las otras sumas cuya restitución se les debiese; además, tendrían los referidos comisarios facultad para reducir los derechos que en la actualidad se perciben en Veracruz y Tampico. Como, según los últimos informes recibidos, no debía esperarse que el gobierno mexicano estuviese dispuesto a ver con deferencia estas demandas, hemos debido aceptar la necesidad de obrar de una manera directa y enérgica, con objeto de asegurar a nuestros nacionales la justicia y protección que les faltaban y el emperador ha decidido que se preparase con ese objeto una expedición contra México.

De lo que precede se deduce claramente, que si hemos llegado a este extremo, no ha sido sino después de haber agotado todos los medios que se nos podían ofrecer de velar pacíficamente por los intereses cuya defensa nos está confiada. Tiempo ha que el emperador hubiera

empleado con justificación la fuerza, para obtener la justicia que se le negaba, si no hubiera tenido el deseo de llevar su moderación hasta el último extremo.

Por esto es que ha tenido que resistir a las reiteradas y urgentes solicitudes que se le han dirigido pidiéndole su protección, las cuales tendían a convencerlo de que eran indispensables las medidas de rigor para hacer comprender a México que debía respetar la persona y los bienes de los residentes extranjeros. En efecto, hay motivo de creer que los diversos partidos del país se han considerado todos igualmente dispensados de guardarles consideraciones y de hacerles justicia y con derecho de hacer pesar sobre ellos más particularmente los males de todo género que son el resultado de los trastornos políticos del país, es decir, los robos, los pillajes, las exacciones de todo género, la completa denegación de justicia; no hay un solo de estos actos de que no hayan tenido que quejarse nuestros nacionales. La poca estabilidad de la administración les ha impedido recurrir seriamente contra estos abusos, que hay motivo de imputar, sobre todo, a los jefes que pertenecen al partido que está actualmente en el poder.

La opinión unánime de nuestros agentes es que en México hay la persuasión de la impotencia de las naciones extranjeras para reprimir semejantes males y, algunas palabras que se han escapado a los hombres que están a la cabeza del gobierno, no dejan duda de que los ha animado a cometerlos la confianza de que quedarían impunes. El comercio extranjero, que paga ya casi la totalidad de los derechos de importación y exportación, que tiene que satisfacer los derechos de circulación, de patente, etc., etc., que está abrumado con los impuestos para la guerra, sujeto a impuestos que no son otra cosa que préstamos forzosos disfrazados, resulta que en resumen le da al gobierno mexicano las nueve décimas partes de sus recursos. Así, pues, parece condenado a sostener exclusivamente a su costa la guerra civil, la cuál le causa mayor sufrimiento que a todos los demás, puesto que trae consigo la paralización completa de los negocios, quitándole toda seguridad en sus operaciones y exponiéndolo, como le ha sucedido muchas veces, a ver que uno u otro partido se haya apoderado de las conductas considerables

de dinero que tiene la costumbre de remitir del interior a los puertos de embarque. El gobierno mexicano necesita, sobre todo, dinero para llenar las arcas del tesoro público, que se agotan sin cesar por una dilapidación desenfrenada y, con objeto de proporcionarse recursos nuevos, no retrocede ante ninguna extorsión, ante ningún medio, por violento e inmoral que pueda ser.

Imposible sería hacer aquí la larga enumeración de las violencias y de los perjuicios causados a nuestros nacionales y no podría apreciarse el importe exacto de las indemnizaciones que tienen que reclamar bajo una u otra forma; pero su cifra, en conjunto, no podría ser de menos de diez millones, sin contar el desfaldo de los pagos ya comenzados y que hoy están completamente interrumpidos. Desgraciadamente, no han sido menos las violencias ejercidas contra las personas de nuestros nacionales, que las medidas injustas y vejatorias que tan gravemente los afectaban en sus intereses materiales. Gran número de ellos se queja de haber sufrido prisiones arbitrarias o haber tenido que buscar su salvación en la fuga, después de haber sido robadas e incendiadas sus propiedades. Ni nuestros mismos agentes han sido respetados. Nuestro vicecónsul en Zacatecas ha sido encarcelado por haberse negado a satisfacer una contribución ilegal; nuestro vicecónsul en Tepic ha sido tratado de una manera tan cruel por una causa semejante, que murió a consecuencia de ello. Es cierto que hemos obtenido una indemnización para su familia, pero uno de los autores de estas indignas violencias, el coronel Rojas, que debía ser destituido de sus grados y empleos, acaba de ser investido de un mando importante después de un aparente castigo y ha hecho su entrada, a la cabeza de sus tropas, en el mismo Tepic, habiéndose fugado una parte de su población al acercarse Rojas, temiendo y con razón, nuevas atrocidades de su parte.

Hace tres años que varios franceses eran asesinados en las calles de México y en estos últimos días los ataques contra ellos se han multiplicado de la manera más alarmante. Las tristes noticias que hemos recibido sobre este asunto, nos hacen saber que varios de nuestros nacionales habían sido maltratados y puestos a rescate en diversos puntos, sin que las autoridades mexicanas se preocupasen en manera

alguna para prestarles protección o perseguir a los culpables. Ocho franceses han perecido ya de esa manera o sucumbido a consecuencia de las heridas que se les han inferido. Poco ha faltado para que la persona de nuestro representante en México haya sido víctima de uno de esos atentados de que tan frecuentemente han sido objeto los extranjeros. Así, pues, el gobierno del emperador ha dado pruebas evidentes de su extremada bondad, para estar hoy autorizado a pedir cuenta a México de los agravios cuya medida ha colmado por estos últimos actos, por otros medios que no sean la vía ineficaz de las negociaciones.

La Gran Bretaña y la España, que tienen también que exigir a México la reparación de sus propios agravios, no menos numerosos ni menos graves que los nuestros, van a asociarse a las medidas coercitivas que la conducta de las autoridades mexicanas ha hecho necesarias y las fuerzas combinadas de las tres potencias emprenderán las operaciones convenientes para conseguir el objeto que dichas potencias se proponen.

(Antoine Edouard) Thouvenel

Es copia tomada de los documentos presentados a los cuerpos colegisladores del imperio por el gobierno francés.

Saratoga, octubre 2 de 1862.

(Matías) Romero

INSTRUCCIONES CONFIDENCIALES AL VICEALMIRANTE
JURIEN DE LA GRAVIÈRE

París, 11 de noviembre de 1861

Vicealmirante E. Jurien de la Gravière

Las instrucciones oficiales que tengo el honor de enviarle en esta fecha, determinan, tanto como sea posible hacerlo a distancia, la acción que usted deberá ejercer de acuerdo con los comandantes en jefe y los comisionados por las potencias aliadas para realizar el objeto de la convención del 31 de octubre. En efecto, perseguir en común la reparación de los agravios y obtener garantías capaces de poner a los residentes extranjeros al amparo de nuevas afrentas, tal es, si puedo hablar así, el terreno legal del acuerdo que se ha establecido entre Francia, Inglaterra y España. El pensamiento del emperador, sin embargo, movido por un interés de humanidad y de civilización, se ha proyectado más lejos, y es necesario que usted sea informado de ello.

No sabría hacer otra cosa mejor a este respecto que comunicarle a título estrictamente confidencial, una carta que su majestad escribió a su embajador en Londres, y un despacho que yo mismo dirigí al conde de Flahault para invitarlo a llamar la atención del gabinete británico sobre las eventualidades que podrán resultar de una demostración de fuerza contra México y sobre el partido que los intereses de este infortunado país y los de Europa nos aconsejan sacar.

Usted verá, por la respuesta igualmente anexa aquí, que el gobierno inglés considera muy justas las ideas del emperador, pero no ha creído deber prometer su concurso activo para ejecutarlas.

El gabinete de Madrid, al contrario, está mejor dispuesto a no negarse, pero hay razones para suponer que él no se inclina muy

fervientemente hacia la candidatura eventual del archiduque Maximiliano. Sea lo que fuere, no me parece dudoso que, si aparece un partido considerable bajo la influencia de las fuerzas combinadas y trabaja en favor del restablecimiento de la monarquía, ni Inglaterra ni España pondrán obstáculos a sus progresos. ¿Existe ese partido y realmente se encuentra en condiciones de expresar sus intenciones con probabilidades más o menos seguras de éxito? Es éste, mi querido almirante, el punto que deberá ser enseguida motivo de vuestras entrevistas con el Sr. Dubois de Saligny, y de vuestras más serias investigaciones. Tan generoso y útil es ayudar a una nación a salir del abismo, como sería temerario y contrario a nuestros intereses arriesgarnos en una aventura. Nuestros esfuerzos deben tender a inspirar a la parte honesta y pacífica del pueblo mexicano el valor de expresar sus deseos. Si la nación permanece inerte, si ella no siente que nosotros le ofreceremos una tabla de salvación inesperada, si no se da a sí misma un sentido y una moralidad y los aplica con nuestro apoyo, es evidente que nosotros no tendremos más que atenernos a los términos de la convención del 31 de octubre y no intentar otra cosa que ocuparnos de los intereses precisos en vista de los cuales ésta ha sido concluida. La experiencia no será completa sino hasta que la ocupación de los puertos haya sido efectuada y se dirija una expedición al interior, esto es, hasta México.

El gobierno inglés ha abordado esta eventualidad con una extrema repugnancia, y me ha parecido, reservándonos frente a él nuestro derecho de hacer lo que exigiera la seguridad de nuestros conciudadanos, que sería imprudente tratar de presionarlo a pronunciarse anticipadamente. Consideraciones parlamentarias lo habrán decidido teóricamente por la negativa, sin duda. Pero a nosotros nos basta con que los términos del artículo 1º de la convención, que dejan a los comandantes en jefe el cuidado de adoptar en el terreno las medidas más propias para alcanzar el fin de la expedición, sean suficientemente amplios como para justificar la interpretación que queremos darle.

Es más importante saber si el gobierno español, que proporciona el más fuerte contingente militar de tierra, acepta esta interpretación, y

nuestro embajador en Madrid, a quien yo pedí una respuesta categórica, me ha quitado toda duda a este respecto. El mariscal, duque de Tetuan, ha referido en los mismos términos al Sr. Barrot, que serían dirigidas al comandante en jefe español, instrucciones de una elasticidad más o menos discrecional y que él le remitiría además una carta particular autorizándolo a entenderse con usted para efectuar una marcha sobre México, siempre que las circunstancias les parezcan favorables a ambos. Naturalmente, hará lo que dependa de usted para comprometer al comandante en jefe británico a participar en ese movimiento en la proporción que considere más conveniente y, si éste no creyera poder unirse a usted, le ofrecerá como signo de confianza recíproca, ocupar sólo los fuertes de Veracruz.

Según los informes que poseo, la popularidad de España en México dista mucho de ser igual a la nuestra. Este hecho se explica por antiguos recuerdos que hay que tener en cuenta y, sin herir ninguna susceptibilidad, sería necesario, en mi opinión, que nuestras tropas ocupasen el frente de la columna expedicionaria y que fuera distribuida una proclama, con el fin de tranquilizar a la nación mexicana contra toda idea de conquista y todo ataque a su independencia en cuanto a la elección y forma de su gobierno, antes del comienzo de las operaciones en el interior.

El Sr. Dubois de Saligny, como lo digo en mis instrucciones oficiales, no podrá en toda esta parte de la tarea que le ha sido confiada a usted, ni sustituir su responsabilidad a la vuestra, ni motivar ningún conflicto. No obstante, este agente superior de mi departamento, ha dado demasiadas pruebas de capacidad y de buen juicio como para que no crea deber recomendarle a usted le trasmita los testimonios de mi mayor confianza y aproveche las opiniones que podrá sugerirle un conocimiento exacto de los hombres y de las cosas de México.

Edouard Antoine Thouvenel
Ministro de Relaciones Exteriores
de Francia.

INSTRUCCIONES DEL GOBIERNO FRANCÉS AL
VICEALMIRANTE JURIEN DE LA GRAVIÈRE

París, 11 de noviembre de 1861

Almirante:

Habiendo el emperador nombrado a usted para el mando de las fuerzas militares que deberán emplearse en conseguir de México reparación de todos nuestros agravios, debo manifestarle de que manera tendrá usted que proceder para llenar sus instrucciones.

La expedición que se encarga a usted dirija, tiene por objeto compeler a México a cumplir las obligaciones que solemnemente ha contraído y a que nos dé garantías de protección más eficaces para las personas y propiedades de nuestros conciudadanos. Las circunstancias que nos han inducido a recurrir a medidas de coerción para obtener este doble objeto, han obligado al propio tiempo a la Gran Bretaña y España a procurar, empleando medidas rigurosas, la satisfacción que agravios semejantes a los nuestros, exijan. Era natural que en esta situación los tres gobiernos pensaran en combinar su acción contra México y el acuerdo prontamente celebrado entre ellos, sobre este particular, ha dado por resultado la conclusión de una convención firmada en Londres en 31 de octubre y cuyo texto tengo el honor de acompañar a usted, con el fin de que pueda usted normar su conducta con el espíritu de sus diversas prevenciones.

Los tres gobiernos se comprometen, como verá usted, a proseguir de mancomún y con el mismo propósito, las operaciones que convenga llevar a cabo. Por lo tanto, tendrá usted que concertarlas con los comandantes en jefe de las fuerzas que la Gran Bretaña y España se proponen tomen parte en ellas. De la cooperación de esas varias fuerzas

unidas esperan las tres potencias el resultado que han creído indispensable pretender de mancomún. También han tenido en cuenta, sin aplazar por eso su acción inmediata, la cooperación eventual de los Estados Unidos, a los cuales se pasará informe de la convención de Londres, invitándolos a que accedan a ello.

Al ministro de Marina corresponde proporcionar a usted las instrucciones militares que aquel departamento puede sólo dirigirle de una manera competente y debo limitarme a decirle que la intención de las potencias aliadas es, como se indica en la convención de 31 de octubre, que las fuerzas combinadas procedan a ocupar inmediatamente los puertos situados en el golfo de México, después de intimar simplemente su entrega a las autoridades locales.

Los puertos deberán quedar en su poder hasta el completo arreglo de las dificultades pendientes y el cobro de los derechos de aduana se hará en ellos a nombre de las tres potencias, bajo la inspección de diputados nombrados con ese objeto. Esta medida dará por resultado la garantía para nosotros del pago de las sumas y de las diversas indemnizaciones que desde ahora se cargan o podrán cargarse en lo sucesivo a la cuenta de México, como reclamación de indemnización de la guerra; requiriendo, además, un examen especial la cuestión de las reclamaciones que cada uno de los gobiernos aliados tendrá que presentar, se establecerá, según los términos de la convención, una comisión a la cual corresponderá el encargo de decidir lo relativo a ellas, como también el de considerar el sistema de arreglo que más proteja los respectivos intereses.

Habiendo nombrado el gobierno de su majestad británica a sir Charles Wyke, ministro de la reina en México, miembro de esta comisión, el gobierno del emperador ha decidido asimismo que, figure en ella, en su nombre, su representante en México, Mr. Dubois de Saligny. El carácter con que están revestidos estos dos agentes, tanto como el conocimiento práctico que tienen de los asuntos de México, los llaman naturalmente a tomar parte en las negociaciones que deben preceder al restablecimiento de relaciones regulares. Ellos deberán consultar especialmente, lo mismo que el comisionado por España, con los

comandantes en jefe de las fuerzas aliadas, la manera de redactar, tomada posesión de los puertos de la costa, el completo resumen de las condiciones a las cuales se requerirá que el gobierno mexicano les de su aprobación.

Con objeto de que usted pueda seguir todas las negociaciones y firmar todos los actos y convenciones que ocurran, tengo el honor de remitirle adjuntos plenos poderes, en virtud de los cuales S. M. ha nombrado a usted su plenipotenciario, con el mismo título que Mr. Dubois de Saligny. Se entiende, además, que se le asegura a usted entera libertad para todo lo relativo a operaciones militares, movimientos de tropas, oportunidad y modo de ocupar tales o cuales puntos del territorio mexicano; todas estas cuestiones se dejan especialmente tanto a la apreciación como a la iniciativa de usted y quedan reservadas para su única decisión.

Llegadas que sean las fuerzas de las tres potencias a las costas orientales de México, procederá usted, como dejo dicho, a pedir la entrega en sus manos de los puertos de esa costa. A consecuencia de este paso, dos alternativas pueden ocurrir: o se hace resistencia a su intimación y entonces sólo tendrá usted que arreglarse sin tardanza con los jefes aliados para la toma por la fuerza de dichos puertos o se abstienen las autoridades locales de oponer a usted resistencia material; pero el gobierno de México se niega a entrar en relaciones con usted.

La última noticia que he recibido de México y que anunciaba el probable desarme del puerto de Veracruz, nos induce a presumir que tal será en realidad el plan adoptado por el presidente Juárez. Resucitando una táctica empleada ya por uno de sus predecesores en la guerra con los Estados Unidos, se retiraría, si fuese necesario, al interior del país.

Las potencias aliadas no pueden dar ocasión a que se las tenga en jaque merced a semejante expediente ni pueden tampoco continuar ocupando indefinidamente puntos de la costa, si esa ocupación no ha de proporcionarles los medios para obrar directa e inmediatamente sobre el gobierno de México. El interés de nuestra dignidad y consideraciones derivadas de las circunstancias climáticas de la costa, se unen para exigir un pronto y decisivo resultado.

Con el principal objeto de que pueda usted estar prevenido contra esta contingencia, se ha puesto a disposición de usted un cuerpo de tropas de desembarque, el cual, unido con los otros contingentes militares, proporcionará a los aliados los medios de extender el círculo de su acción. El gobierno del emperador admite que ya para encontrarse con el gobierno de México o ya para hacer más eficaz la coerción ejercida sobre él por la toma de posesión de sus puertos, puede que usted se vea en la necesidad de combinar una marcha hacia el interior del país, la cual podría conducir, si fuere necesario, las fuerzas aliadas a la misma ciudad de México.

Creo innecesario añadir que otra razón pudiera determinarlo a usted a hacerlo así; ésta sería la necesidad de atender a la seguridad de nuestros conciudadanos en caso de que ésta sea amenazada en cualquier punto del territorio mexicano, al cual pueda razonablemente llegarse. Las potencias aliadas no se proponen, como he dicho a usted, ningún otro objeto que el que está indicado en la convención; se prohíben mutuamente el intervenir en los negocios interiores del país y, especialmente, el ejercer presión alguna sobre la voluntad del pueblo respecto a la elección de su gobierno.

Existen, sin embargo, algunas hipótesis que se presentan a nuestra previsión y que ha sido nuestro deber examinar. Puede suceder que la presencia de las fuerzas aliadas sobre el suelo mexicano induzca a la parte sana del pueblo, cansada de anarquía, ansiosa de orden y reposo, a arriesgar un esfuerzo para constituir en el país un gobierno que presente las garantías de fuerza y estabilidad de que han carecido todos cuantos se han ido sucediendo desde la emancipación.

Las potencias aliadas tienen un común interés y demasiado manifiesto, de ver salir a México del estado de disolución social en que está sumergido y que paraliza todo desarrollo de su prosperidad, inutiliza para sí mismo y para el resto del mundo todas las riquezas con que la providencia ha dotado un suelo favorecido y las compele a recurrir periódicamente a expediciones costosas para recordar a poderes efímeros e insensatos, los deberes de los gobiernos.

Este interés debe inducirlos a no desalentar las tentativas que tengan el carácter de las que le dejo indicadas y no deberá usted negarles su estímulo y su apoyo moral, si la posición de los hombres que las inicien y las simpatías que puedan hallar en las masas del pueblo ofrecen probabilidades de éxito para el establecimiento de un estado de cosas de tal naturaleza que asegure a los intereses de los residentes extranjeros la protección y las garantías de que se han visto privados hasta el presente.

El gobierno del emperador deja a la prudencia de usted y a su juicio el apreciar, en unión con el comisionado de S. M., cuyo conocimiento adquirido por su residencia en México será de gran precio para usted, los acontecimientos que por sí mismo se vayan a su vista desarrollando y la medida de la cooperación que pueda usted tener en ellos.²

(Edouard Antoine) Thouvenel

² Texto traducido del inglés por Matías Romero, por no disponer del original francés.

PROCLAMA DEL ALMIRANTE JURIEN DE LA GRAVIÈRE

Marinos y soldados:

¡Vamos a México! No tenemos solamente que proseguir, como la valiente escuadra de la que algunos de vosotros habéis formado parte, la reparación de numerosos y recientes agravios. Debemos, ante todo, reclamar por el respeto de nuestra bandera, por la seguridad de nuestro comercio, por la existencia de nuestros compatriotas, garantías más serias que las que nos han sido ofrecidas hasta ahora.

Nosotros no mantenemos ninguna animosidad contra el pueblo mexicano; sabemos lo que puede esperarse de esta noble y generosa raza si pudiese poner término a sus eternas discordias y desembarazarse de las maléficas influencias que la oprimen. Pero los gobiernos impotentes para mantener la paz interior, protegerán siempre mal, cualesquiera sea su política, la seguridad de los extranjeros. Nuestro verdadero enemigo en México no es ésta o aquélla facción política, es la anarquía y la anarquía es un enemigo con el que es inútil tratar.

Marinos y soldados:

En la nueva campaña que vais a emprender, tendréis como testimonio de vuestro derecho, la simpatía de la opinión de vuestro país, el concurso o el asentimiento del mundo civilizado. Tendréis bien pronto, en el seno mismo de México, los votos de todas las gentes de bien. Comprended, entonces, los deberes que os impone esta situación.

Dad a las poblaciones con las que no tardaréis en poneros en contacto, ejemplo de orden y de disciplina. Enseñadles a honrar el nombre de nuestra gloriosa patria, a envidiar la prosperidad y la paz que

gozamos; así podréis repetir, con legítimo orgullo, estas palabras que os dirigió, hace algunos meses, vuestro emperador:

En todas partes donde se muestra la bandera de Francia, la precede una causa justa, la sigue un gran pueblo.

Rada de Orán, a bordo del *Massena*, 15 de noviembre de 1861.³

Jurien de la Gravière

³ Documento original en francés. Un texto similar fechado "A bordo del *Massena*. bahía de Tenerife, noviembre 23 de 1861", ha sido publicado en *Correspondencia de la legación mexicana en Washington, durante la intervención extranjera. 1870-1878*, II, p. 982.

SALIGNY ENVÍA NOTICIAS ADULTERADAS AL CAPITÁN
GENERAL DE CUBA

México, noviembre 22 de 1861

S. E. el Sr. mariscal Serrano, conde de San Antonio
Capitán general de la Isla de Cuba
La Habana
Mí querido general:

Añado a las comunicaciones oficiales que dirijo a usted con esta misma fecha, algunas palabras para acusar recibo de sus dos cartas particulares de 22 de octubre y para comunicarle ciertos datos que he creído no debía consignar en una carta oficial.

Empezaré por decir a usted que, a pesar del carácter privado de esta carta, puede usted hacer uso de ella en la misma forma en la parte que crea usted interesante para su gobierno.

En lo relativo a los negocios de España en este país, lo que principalmente resalta, es que el gobierno mexicano trata de rehusar todas las satisfacciones y aun niega los compromisos adquiridos conmigo respecto de este asunto. Pretende y no faltan estúpidos que en ello le hacen caso, estar muy tranquilo y asegura que no teme nada a España; ahora puede decirse aquello de que Dios quita el juicio al que quiere perder. Vengan pronto las fuerzas españolas que es lo que se necesita. El gobierno y los perversos que lo rodean procuran, como en otro tiempo, excitar el sentimiento nacional contra los españoles; pero no lo consiguen del todo. La masa de la población permanece indiferente, tal vez por la persuasión en que está que los españoles no vendrán solos, porque es preciso no desconocer que el sentimiento popular es mucho menos

adverso a los demás extranjeros, en particular a los franceses, que a los españoles.

Como quiera que sea, sin poderse deplorar aún sucesos tan graves como hubieran podido temerse, ha habido demostraciones hostiles en que toman parte ciertas clases y principalmente los empleados y los agentes e individuos de la policía, salteadores de camino en otro tiempo casi todos y hoy dependientes de la autoridad; en estas demostraciones se da el grito de ¡mueran los gachupines! se apedrean las vidrieras de las casas, etc., etc. Los españoles mismos han sido insultados y atacados; pero la verdad, hasta ahora, al menos que yo sepa, no ha sido asesinado ninguno de ellos. Yo tenía grandes temores por el interior y sobre todo por la tierra caliente; pero afortunadamente hasta ahora ningún suceso los ha confirmado. En Guanajuato, el Gral. Doblado, que si no es más honrado tiene más habilidad y decencia que los otros, ha hecho saber a los españoles que se crean amenazados, que hallarán en aquel punto un asilo seguro. Aquí se ha hablado de expulsiones en masa, pero yo dudo que se atrevan a realizarlas. Por otra parte, desde hace días el gobierno que, a pesar de sus fanfarronadas, parece empezar a temer, procura contenerlos desórdenes que él mismo había en un principio fomentado y provocado.

Deseando que esté usted informado de todo, pero no queriendo a la vez manchar mi pluma con la relación de infamias sin ejemplo, le envío una nota que me ha sido remitida y en que se consignan hechos cuya exactitud me ha sido asegurada por 50 testigos dignos de fe. Mal conozco a la noble y caballerisca España, si titubease en levantarse como un solo caballero para vengar tan sangrientos ultrajes.

Paso a otro orden de ideas. A pesar de lo que le había escrito a usted Mr. Colleau, mis noticias y mis previsiones eran exactas. Se desarma a San Juan de Ulúa y Veracruz y esa operación debe estar ya muy adelantada. Aunque no soy militar, dispénseme usted una pregunta: ¿por qué limitaros a operar sobre Tampico en lugar de tomar también a San Juan de Ulúa y a Veracruz, en donde no se hará resistencia?

El plan del gobierno, si es que hay un plan, es de transportar el material sacado de Veracruz, parte al Puente Nacional y Cerro Gordo, en el camino de México; por Jalapa y Chiquihuite, en el camino que pasa

por Orizaba. En estas posiciones, bastante fáciles de defender, es donde los mexicanos se proponen esperar al ejército español. Puente Nacional está a 14 leguas de Veracruz y Cerro Gordo a dos leguas más allá. De Veracruz a Chiquihuite es poco más o menos la misma que a Puente Nacional.

El Gral. (López) Uraga, nombrado general en jefe del ejército de oriente, es un hombre de cincuenta y tantos años, bastante valiente, pero ligero, presuntuoso, falso en extremo y embustero como un mexicano. Pero, a lo menos, es militar —ha perdido una pierna en el sitio de Guadalajara— y como ha viajado y visto Europa, se halla en disposición de comparar y juzgar. No se hace, pues, ilusiones y me lo ha dado a entender muy claramente, comiendo días pasados en mi casa.

El gobierno habla de levantar inmediatamente 30,000 hombres, que serían divididos en dos cuerpos de ejército, para defender el uno al Puente Nacional y el otro a Chiquihuite. Pero ¿adónde hallar los hombres, los caballos, las armas, el dinero, etc., etc.? Un extranjero oficial superior en el ejército mexicano, hombre muy inteligente y bien informado, me ha remitido la nota que acompaño con él número uno, en la que hallará usted datos positivos sobre la verdadera situación del estado militar actual. De ello se deduce que sólo hay cuatro mil hombres y ¡qué tropa! Advierto a usted, además, que si el gobierno envía contra ustedes esas fuerzas, al día siguiente entra Márquez en México. Y no es sólo Márquez el que amenaza a Juárez; éste teme más aún a Doblado y no sin razón, como podrá usted juzgarlo por la carta adjunta que acompaño con el número dos, suscrita por el Gral. Robles, el único general y quizá también el único hombre de honor que hay en el país.

Pero aun amenazan por fuera a España otros peligros y otros motivos de inquietud. La legación inglesa, fiel a la *política franca* y leal que ya conoce usted, ha concluido o, más bien, cerrado completamente un arreglo que ha sublevado por todas partes la opinión y que no parece posible se apruebe en Londres. Pero la legación de Francia está más distante que nunca de arreglarse y, aparte de la cuestión a que se refieren las órdenes que he recibido del gobierno del emperador y que aquí se rehúsa admitir, acaban de surgir incidentes nuevos más graves aún que

los ocurridos en el mes de agosto y que hacen imposible mi permanencia en esta capital, donde no sólo se ataca diaria y escandalosamente por la prensa a la Francia y a su representante, sino que mi vida está públicamente amenazada por el jefe de la policía, llamado Porfirio León, criminal consumado, antiguo salteador de caminos, conocidísimo por los muchos asesinatos que ha cometido y ha pasado muchos años de su vida en los presidios de Chapala y de México. Me preparo, pues, a salir de aquí con toda la legación y espero ver a usted en México, persuadido, como lo estoy, de que vendrá mandando la expedición.

En la carta de Robles verá usted indicados los manejos de la Inglaterra. El repentino cambio de frente ejecutado con tanta doblez como torpeza por Wyke —diplomático de negros—, tiene su explicación en las palabras dirigidas por mi colega a una persona que le significa su admiración por la actitud extraña que ha tomado la legación británica. ¿Qué quiere usted que le diga? Nosotros tenemos una repugnancia invencible a entrar, sea el que quiera el asunto, en una acción común con España, principalmente cuando detrás de ella vemos a la Francia.

Las gentes de aquí que tienen la funesta habilidad de hacerlo todo mal, acaban de entablar con Pickett, agente secreto de los estados confederados, un negocio terrible que, puede usted estar seguro de ello, les va a arrojar dentro de dos o tres meses en los brazos de sus vecinos del sur.

Figurándome que mucho le importa a usted conocer con la brevedad posible el estado de las cosas, remito por extraordinario los pliegos a Veracruz, dando orden a nuestro cónsul para que los haga llegar a sus manos, sin esperar el paquete inglés, valiéndose, si hubiere proporción, de un vapor de guerra español.

Ruego a usted, mi querido general, me dispense la incoherencia de esta carta; pero estoy malo hace cosa de un mes a consecuencia del extraordinario trabajo a que tengo que entregarme para hacer frente a todo; así que escribo a usted en retazos, en medio de mis preparativos de viaje.

Acompaño a usted una colección del *Siglo*, periódico mexicano, para que vea en sus números lo que falta a mi relación.

Adiós, mí querido general, etc.

Alphonse (Dubois) de Saligny

LA FUERZA ES EL ÚNICO ARGUMENTO DICE SALIGNY

Legación de Francia en México, 22 de noviembre de 1861

S. E. el Sr. Mariscal Serrano, conde de San Antonio
Capitán general de la Isla de Cuba
La Habana
Señor general:

He recibido en la noche del 30 de octubre último, los dos despachos con sus anexos que vuestra excelencia me hizo el honor de dirigirme el 26 de septiembre y 7 de octubre. Tengo tan sólo tiempo para remitirle en copia y bajo los números desde uno a cuatro, las comunicaciones que tuvieron lugar, en consecuencia, entre el gabinete de México y yo.

La lectura de estos documentos bastará a convencer a V. E. que no hay nada absolutamente que esperar de este gobierno, por la vía de las negociaciones. Creo inútil señalar aquí la mala fe y el doblez que resalta de cada línea, de cada palabra de la nota del Sr. Zamacona, fechada el 19 de este mes. Jamás gobierno alguno empleó en tal grado la audacia y la imprudencia en la mentira. La fuerza es en lo de adelante el único argumento que se debe emplear por el gobierno de la reina. Dios quiera que no se haga esperar.

En estas circunstancias y en vista de las últimas noticias recibidas en la noche de hoy, que anuncian que la escuadra española salió de La Habana, creo deber remitir este despacho a Veracruz, por un correo extraordinario. Nuestro agente consular en esta ciudad tiene orden de hacerlo llegar sin tardanza al comandante en jefe de las fuerzas españolas, en caso que lleguen. Yo enviaré de ello a V. E. duplicado a La Habana, por el próximo paquete inglés.

Suplico a V. E., señor general, admita la nueva seguridad de mi alta consideración.

Alphonse (Dubois) de Saligny

Certifico que la que precede es traducción fiel del original francés que he rubricado.

La Habana, diciembre 10 de 1861.

Ramón de Arristia
Intérprete del gobierno

Está conforme.

Es copia tomada de los documentos sobre los asuntos de México presentados a las cortes por el gobierno español.

Saratoga, octubre 2 de 1862.

(Matías) Romero

ALMONTE CONECTA A MIRANDA CON DE LA GRAVIÈRE

París, 25 de noviembre de 1861

Al Sr. vicealmirante Jurien de la Gravière
Comandante en jefe de las tropas francesas en México
Señor Almirante:

Os presentará esta carta mi amigo y compatriota el Sr. Dr. don Francisco Javier Miranda a quien tuve la honra de recomendar a usted cuando tuvo la amabilidad de honrar esta casa antes de su partida a México.

Como usted conoce de antemano la reputación del Dr. Miranda, no tengo necesidad de repetirle todas sus bellas cualidades y me limito a decir a usted que es juez competente en todo lo que pasa en el país que va usted a visitar y que puede usted tener entera confianza en todo lo que le diga.

Seguro de vuestra bondad, señor Almirante, me anticipo a dar a usted las gracias por los favores que espero le dispense a mi amigo Sr. Dr. Miranda; yo suplico tengáis confianza en los sentimientos y elevada consideración con la que yo tengo el honor de ser vuestro humilde y muy obediente servidor.

Juan N. Almonte

GUTIÉRREZ DE ESTRADA ELOGIA A SANTA ANNA
ANTE EL GOBIERNO FRANCÉS

París, 28 de noviembre de 1861

Sr. Edouard Antoine Thouvenel
Ministro de Relaciones Exteriores de Francia
París

Tengo el honor de remitir a V. E. dos cartas que acaban de llegarme y de las cuales le envío la traducción. Una de ellas me fue dirigida desde Nueva York por uno de nuestros hombres más importantes y sobre quien recae principalmente el éxito de nuestra causa en México.

Se trata de don Francisco Javier Miranda, ex ministro, cuyo nombre, creo yo, no debe ser desconocido de S. M. el emperador, ni tampoco de V. E.

Me atrevo a llamar vuestra atención, señor ministro, sobre palabras: "Respóndame lo más pronto posible sobre este punto". Por lo demás, yo no estoy en condiciones de satisfacer a su petición por lo apremiante de ella, así como por la naturaleza y urgencia de las circunstancias.

La otra carta es del Gral. (Antonio López de) Santa Anna, el cual me encarga expresamente de hacer saber al gobierno de S. M. su firme resolución de secundar con todas sus fuerzas los objetivos de Europa en la cuestión mexicana.

Uno de mis compatriotas, estadista e historiador distinguido, don Lucas Alamán, escribió de él "que su historia era la historia de México", tan grande y preponderante ha sido su influencia. Después de haber sido varias veces Presidente de la República, fue llamado en 1853, no por un golpe atrevido, como se ha visto a menudo entre nosotros, lejos de eso,

sino que una comisión del gobierno fue hasta Nueva Granada, donde vivía retirado desde hacía varios años, para invitarlo a regresar a su patria y aceptar la Presidencia de la República. Más tarde, como resultado del sufragio universal, fue elegido dictador de por vida con el título de alteza y con la facultad plena y absoluta de constituir a la nación como él juzgara más conveniente.

Fue entonces cuando en lugar de seguir el ejemplo del emperador Iturbide, colocando sobre su cabeza la corona imperial, al menos dio prueba de previsión y de tacto político, en un acto poco común y único en nuestra historia, acto por el cual firmó espontáneamente su abdicación, y eso con riesgo de su propia vida.

Él se decidió, pues, a ofrecer el trono que aspiraba establecer como única tabla de salvación por el país, al príncipe que fuera escogido por Europa.

Las negociaciones que el general me hizo el honor de encargarme a este efecto, tocaban ya a su más feliz término cuando el cambio sobrevenido en España el mes de junio de 1854, las hizo fracasar rotundamente. Esta contrariedad influyó enormemente en la resolución que tomó algunos meses más tarde de abandonar a toda costa el poder supremo y de exiliarse cuando aún tenía los medios de mantenerse en él, lo que constituye precisamente uno de los graves reproches que se le han hecho en esta ocasión.

El Gral. Santa Anna, que había cometido muchas faltas, las ha reparado en gran parte por este acto, digno de un estadista y de un buen ciudadano. Permítaseme agregar, cómo prueba de imparcialidad, que en los momentos más graves de la persecución de que fue objeto por apoyar mis opiniones monárquicas, no he cesado de creer y de declarar en voz alta durante varios años que a pesar de sus defectos, era el único hombre capaz de ejecutar una gran empresa, como es el establecimiento de la monarquía en México.

Su superioridad era reconocida y aceptada de grado o por fuerza, aun por sus adversarios que comenzaban siempre por someterse en todos los puntos a su voluntad, salvo la de armarse más tarde contra él. De sus propias faltas y sobre todo de los medios que los opositores pudieron

sacar de las instituciones, nacieron las causas que han determinado la ruina completa del país del cual el Gral. Santa Anna ha estado ausente desde hace más de seis años.

Séame permitido repetir que cualesquiera que sean los defectos del general, no es fácil ejercer el poder supremo en una sociedad como la nuestra, devorada por la anarquía y privada de toda idea de lo que más convendría a sus intereses. Su vida entera prueba que él posee todas las cualidades necesarias para ayudar eficazmente al triunfo de la causa monárquica, pero es necesario poner término a sus afanes de supremacía y aspiraciones personales. Sin embargo, no se debe pensar que alienta abrazar esta misma causa porque se encuentra en el exilio o por despacho, sino, por el contrario, él la sostuvo cuando fue dictador de por vida y aun cuando era mandatario poderoso en el palacio nacional de México.

V. E. querrá excusarme si he querido entrar, aunque con pesar, en estos minuciosos detalles, a fin de hacer apreciar mejor el carácter de la carta del general.

José María Gutiérrez de Estrada

Posdata. Permítame manifestarle mi deseo de tener las cartas originales, puesto que V. E. no las necesitará ya.

SANTA ANNA CONSIDERA A MAXIMILIANO CANDIDATO
INMEJORABLE

Saint Thomas, 30 de noviembre de 1861

Sr. José María Gutiérrez de Estrada
París

Las noticias que usted se sirve comunicarme en su favorecida de fecha 31 del próximo pasado me han producido un júbilo inexplicable porque ellas son de tanto interés para nuestra patria que si tienen su efecto deseado, se evitará su ruina. ¡Dios permita que nuestros sueños se realicen cuanto antes!

El candidato de que usted me habla, —su alteza ilustrísima el archiduque Fernando Maximiliano— es inmejorable y merece desde luego mi aprobación. Puede usted pues comunicárselo, y lo mismo a los amigos, pero en rigurosa reserva, pues usted sabe que en política hay cosas que no deben externarse, por el mal que producirían, antes de llegada la oportunidad.

Considero que las fuerzas aliadas estarán en Veracruz a principios del mes entrante lo cual va a producir en el ánimo de los buenos mexicanos el mayor contento, pues no verán en ellas un enemigo hostil, sino la mano benéfica que va a salvarlos de la peor de las tiranías. No dudo que la opinión se mostrará muy pronto y cuál es conveniente a esa sociedad.

Considerando que el momento de obrar es llegado, estoy dispuesto a presentarme en el suelo patrio muy pronto y decidido a trabajar con asiduo empeño hasta la consecución del negocio. Por el próximo paquebote avisaré a usted el día de mi salida de esta isla y el conducto por donde ha de dirigir su correspondencia en adelante.

Con que ya ve usted, amigo mío, que no me duermo cuando se debe trabajar y que mis obras van en conformidad con mis palabras. Dichoso yo, si antes de cerrar mis ojos, logro ver a mi patria constituida de manera que sea en adelante feliz y venturosa.

Antonio López de Santa Anna

MIRAMÓN SUFRE UN DESAIRE DE NAPOLEÓN III

París, 30 de noviembre de 1861

Sr. Dr. don Francisco Javier Miranda
Mi muy estimado amigo:

Adjunta encontrará toda del puño y letra del Sr. Mon la carta para el Sr. Serrano, va abierta.

Nada tengo que añadir a lo que dicen a usted los otros amigos de por acá. Ya hablo de usted a Saligny diciéndole que nos merece usted completa confianza. Véalo usted.

Miramón ha salido de aquí furioso, me dicen, contra la intervención que se ha hecho sin consultarle. Lleva ánimo de oponerse a todo y hasta una proclama tiene preparada. Con el Sr. Gutiérrez Estrada riñó al fin. Miramón quiso ver al emperador. Almonte se negó a pedir la audiencia. El joven audaz la pidió directamente cuando me hallaba en Compiègne, invitado por sus majestades a pasar allí 15 días. El emperador le negó la audiencia y el ex-Presidente ha partido humillado con tan terrible desaire de que estos periódicos se han ocupado.

El ministro y el almirante francés están ya prevenidos. Bueno es, digo a usted —diga usted— a Serrano lo que hay y que ni el gobierno español ni el francés han hecho caso de Miramón.

Escribame usted directamente, 3 rue d'Alger, porque si Gutiérrez Estrada se va a Viena y Almonte a México, yo necesito noticias directas de usted.

Adiós, no puedo más de cansado. Sabe usted cuánto le quiere su leal amigo, que besa su mano.

José (Manuel) Hidalgo

GUTIÉRREZ DE ESTRADA INTERESADO EN QUE SANTA ANNA
PARTICIPE DIRECTAMENTE EN LA INTERVENCIÓN

París, 6 de diciembre de 1861

Sr. Gral. don Antonio López de Santa Anna
Muy estimado amigo y señor mío:

Aunque no tengo ninguna de sus apreciables a qué contestar, le dirijo ésta con solo el objeto de manifestarle que no tengo la menor duda de que, tan pronto como las tropas de las tres potencias desembarquen en Veracruz, han de emprender su marcha para la capital, con el objeto de situarse allí para ocuparse sin más demora de establecer un gobierno con quién entenderse en todo lo necesario para llevar adelante el plan que sea conveniente a fin de que la intervención dé el resultado que se desea.

Decidido como está usted para ayudar en esta grande empresa, no he dudado un momento en darle esta noticia, porque tampoco dudo que conocerá cuán importante es su presencia en estos momentos porque nadie podrá negarle que es el que con mejores títulos puede y debe tomar las riendas del gobierno; la persona de usted alentará a sus amigos, decidirá a los indiferentes y llenará de espanto a sus enemigos. Entonces, con mucha facilidad, podrá llevar a efecto, en 1862, la obra que comenzó en 1854.

Hay otra razón que debe decidir a usted a presentarse allí desde los primeros momentos en que comiencen a obrar las tres potencias y es la de contrariar a cualquier medida que pudiera tomar el jefe que manda todas las fuerzas de desembarco; cosa que solamente usted con su prestigio y su nombre puede hacer. Usted conoce mis simpatías para la España y que en 1854 trabajé allí cuanto fue posible para hacerle entrar en nuestro plan; pero veo que nada ha hecho antes y, ahora que se puede

decir que va arrastrada por la Francia y la Inglaterra, comete el desacierto inconcebible de nombrar de general en jefe a Prim, que será valiente, pero no a propósito para una empresa que requiere mucho tacto y principios políticos muy diversos de los que siempre ha profesado.

No carecen de inconveniente sus relaciones de parentesco estrecho y amistad con don José González Echevarría, persona entregada absolutamente a todas las ideas demagógicas y a quien hace dos meses quisieron poner en el ministerio de Hacienda. Son tan conocidas las ideas de Prim que, en un folleto que publicó aquí don Andrés Oseguera pocos días antes de morir, con el objeto de contrariar la intervención, es la única persona a quien llena de elogios por sus ideas políticas y por sus simpatías en favor de las personas que actualmente gobiernan en México.

Otra de las cosas que se necesita contrariar, cierto, bien fácil para usted es lo que quiere hacer el Gral. Miramón, que se ha ido con las peores intenciones y, para que se imponga usted bien de todo, puede pedirle al Dr. Miranda la carta que sobre este individuo le escribí.

Conociendo cuán importante es el que usted tenga el apoyo del almirante francés, hemos dado los pasos convenientes para que el gobierno de aquí lo recomiende eficazmente, como ya lo hizo respecto al Dr. Miranda, que tiene toda su confianza.

Nada tengo que decir a usted del candidato que debe proclamarse, pues estamos de acuerdo y es cosa tan adelantada que mañana mismo salgo para Viena, de donde si es necesario volveré a escribirle.

Recibo con sumo gusto en este mismo momento la deseada carta de usted del 2 de noviembre y, llegada la hora del correo, sólo puedo añadir que haré de ella el mismo uso oportuno que de las anteriores, para que conozca bien a fondo quien, o mejor dicho quienes convenga, las miras juiciosas y las patrióticas intenciones de usted.

Queda su muy fino amigo, etc.

(José Manuel Gutiérrez de Estrada)

P. D.

Cevallos, según me ha dicho persona que ha hablado con él, anda predicando contra la intervención y en favor de Miramón.

Vuelvo a recomendar a usted las personas de Prim y de Miramón para que vigile sus pasos y, llegado el caso, procure desbaratar sus planes, si no van encaminados al bien de nuestro país, que es lo que a nosotros debe sobre todo importarnos.

A mi mismo me dijo Miramón que estaba seguro de que Márquez, Mejía, Vicario, etc., etc., se pondrían a sus órdenes, en cuanto supiesen su arribo a la República.

MAXIMILIANO AGRADECE LA ADHESIÓN DEL OBISPO DE
PUEBLA Y DE SANTA ANNA

Castillo de Miramar, 8 de diciembre de 1861

Sr. José Manuel Gutiérrez de Estrada:

Estoy a usted agradecido por las diversas cartas que se ha servido dirigirme últimamente y sobre todo por haberme comunicado la carta del obispo de Puebla y la del Gral. Santa Anna. Es permitido augurar bien del porvenir de la causa monárquica en México, cuando se ve figurar a la cabeza de sus defensores los nombres de tan digno prelado y de tan eminente guerrero.

Reciba usted, etc.⁴

Fernando Maximiliano

⁴ Traducción del francés.

MAXIMILIANO ACEPTA CONDICIONALMENTE

Castillo de Miramar, 8 de diciembre de 1861

Sr. José Manuel Gutiérrez de Estrada:

He recibido la carta firmada por usted y por muchos de sus compatriotas, que usted me ha dirigido con fecha 30 de octubre último. Me apresuro a manifestar a usted y le ruego lo trasmita a estos señores, todos mis agradecimientos por los sentimientos que expresan hacia mi en su carta.

La suerte del hermoso país de usted me ha interesado siempre vivamente sin duda y si, en efecto, como parece que usted lo supone, estos pueblos aspiran a ver fundar en su seno un orden de cosas que por su carácter estable pudiese darles la paz interior y garantizar su independencia política y me creen capaz de contribuir a asegurarles estas ventajas, yo estaría dispuesto a tomar en consideración los votos que me dirigieran con tal fin. Pero para que pueda pensar en asumir una tarea rodeada de tantas dificultades, sería preciso, ante todo, que estuviera bien cierto del asentimiento y del concurso de la nación. No podría, pues, contarse con mi cooperación para la obra de transformación gubernamental de que depende, según la convicción de usted, la salvación de México, a menos que una manifestación nacional venga a comprobar de una manera indudable el deseo del país de colocarme en el trono. Sólo entonces mi conciencia me permitiría unir mis destinos a los de la patria de usted, porque sólo entonces mi poder se establecería desde un principio sobre esta confianza mutua entre el gobierno y los gobernados, que es a mis ojos la base más sólida de los imperios, después de la bendición del cielo.

Por lo demás, que yo sea llamado o no a ejercer la autoridad suprema en la noble patria de usted, no dejaré de conservar un recuerdo

muy agradable de las gestiones hechas cerca de mí por usted y los otros signatarios de la carta susodicha.

Reciba usted señor, la seguridad de los sentimientos de estimación de su afectísimo.⁵

Fernando Maximiliano

⁵ Traducción del francés.

MIRANDA DESDE LA HABANA DESEA UNA ACCIÓN MAS
ENÉRGICA DE LOS ALIADOS

La Habana, 7 de diciembre de 1861

Sr. José María Gutiérrez de Estrada
París

Por vía de Estados Unidos escribí a usted y al Gral. Almonte, manifestándoles mi pena por no haber recibido las cartas para los jefes de la expedición y les significaba mis temores de que los negocios se complicasen si las potencias aliadas se reducían a ocupar únicamente algunos puertos del litoral de la República. Mis temores se van convirtiendo en realidad según he llegado a comprender por las noticias que nos ha traído el paquebote inglés y que sucintamente trasmito a usted.

Márquez ha vuelto a sufrir otra derrota en las inmediaciones de Pachuca, además de la que el mes de octubre había sufrido por el mismo rumbo. No se dice qué fuerza le habrá quedado ni por dónde estará en la actualidad, pero todos convienen en que está enteramente desarmado. Vicario, en el sur, también había sufrido un revés y se vio obligado a abandonar Cuernavaca dirigiéndose hacia Izúcar de Matamoros, de lo que se deduce que la llamada reacción está casi vencida y desarmada, pues no queda ningún cuerpo de tropas respetable y capaz de poner en conflictos por sí solo al gobierno de Juárez.

Verdad es que no faltan partidas de insurrectos que obran por su propia cuenta, pero ellas, acabando de devastar al país, no se prestan por su misma naturaleza a ninguna combinación favorable.

A la noticia de la llegada de las escuadras, los liberales han procurado de todas maneras levantar el espíritu nacional y observe usted

cómo todos los estados a su vez apuran sus recursos y se preparan para la defensa.

Nunca me podré persuadir de que opongan una resistencia seria, pero el corto número de tropas de desembarco que se ha mandado a México, ha dado lugar a que aquellos hombres se alienten, pongan al país en conflagración y surjan dificultades infinitas. En el presente tiene usted que Doblado, que guardaba una posición equívoca, se ha movido con sus mil hombres hacia México; no se sabe cuál será su verdadero plan, pero naturalmente se cree que trata de hacerse dueño de la situación ocupando la capital.

Si esto ocurre, admita usted que nos costaría bastante trabajo dominar y vencer a ese elemento ambicioso, cuando no contamos con poderle oponer otro saludable y eficaz, capaz, según que como he dicho, nuestros hombres están vencidos e impotentes. Agregue usted a esto que, pervertido el sentido común entre muchos jefes, algunos de ellos de importancia, como el Gral. Negrete, están ofreciendo sus servicios al gobierno para defender el "honor nacional", y el gobierno, aprovechando diestramente esta circunstancia, está por expedir una ley general de amnistía.

Por esta ley, como usted va a comprobar, como la mitad de los que hoy están con Márquez, van a abandonar sus bandas. Al mismo tiempo que se expide la ley de amnistía, se publican otras poniendo fuera de la ley y declarando traidores a todos los que directa o indirectamente presten auxilios a las fuerzas extranjeras y el conjunto de esas disposiciones están obrando sus efectos.

El principal empeño del gobierno de Juárez es levantar el odio contra los españoles, manifestando la mejor disposición para entrar en arreglos con Francia e Inglaterra y, como da la casualidad de que las tropas que los mexicanos van a tener primero ante sus ojos son españolas en su mayor parte, el objeto de Juárez se obtiene fácilmente.

El Congreso por sí ha derogado la ley que suspendía el pago de las convenciones extranjeras y el ministro Zamacona había hecho un arreglo con el ministro inglés, cuyos términos ignoro, que desaprobó el Congreso.

La escuadra española salió de este puerto hace ocho días, parte de ella debe estar ya frente a Veracruz donde sólo había dos buques ingleses y uno francés.

El castillo (de San Juan) de Ulúa quedaba enteramente abandonado y todo quedaba dispuesto para hacer lo mismo con la plaza de Veracruz al aproximarse las tropas.

(López) Uraga, nombrado general en jefe del ejército de oriente, se disponía para venir a ocupar las gargantas de la Tierra Caliente en el estado de Veracruz. He aquí las noticias más importantes que han llegado a mi conocimiento.

Por eso me confirmo más y más en que no es posible esperar que de la nación misma salga la idea salvadora.

Tarde o temprano los gobiernos aliados se desengañarán de que es necesario imponerle la ley a México, saliendo de los medios comunes. Aquella sociedad está enteramente desorganizada y no puede dar síntomas de vida si las naciones que la tienen no le imprimen movimiento y animación. Las fuerzas extranjeras, podemos decir, ya tienen en su poder a Veracruz y tendrán a Tampico, y ¿qué habrán logrado con la sumisión de esos puertos? Queda libre toda la frontera del norte, que es imposible bloquear sin bloquear asimismo el territorio norteamericano, y quedan libres los puertos del pacífico.

Presentada así la situación, la ocupación es indefinida, expuesta a mil cambios y de pronto sólo empeorará el estado del país y de los mismos extranjeros que viven en él. México, sin oponer más que la indiferencia, puede traer grandes perjuicios a Europa y no hay que esperar que seis u ocho mil hombres de desembarco sean suficientes para poner en quietud aquel vasto territorio. El resultado de todo será, o que Europa comprometida altamente en la cuestión haga dobles sacrificios de los que hoy serían suficientes para el objeto deseado, o que tenga que retirarse de México conformándose con promesas y tratados que a ella no le pueden dar garantías ni a nosotros el bienestar.

Yo, sin elementos y sin recursos, estoy resuelto a trasladarme a Veracruz a fines de este mes, pero francamente no tengo esperanza de poder hacer algo de provecho. Quiero, sin embargo, hacer todo lo que

esté de mi parte. Sírvanse ustedes dirigirme sus cartas a este puerto bajo la cubierta de don Ramón Carballo.

Estoy algo enfermo, por esta causa ni va ésta de mi puño y letra ni puedo escribir al Sr. Almonte a quien saludo en unión del Sr. Hidalgo. Suplico a usted que les manifieste a ambos la presente.

Francisco Javier Miranda

Posdata. Don Antonio Haro me encarga dé a usted sus expresiones, y yo le doy la molestia de que dé dirección a la adjunta.

EL GRAL. LÓPEZ URAGA INICIA SUS PREPARATIVOS DE
DEFENSA

Cañada de Ixtapan, diciembre 6 de 1861

Sr. Presidente de la República
don Benito Juárez
México

Mí estimado amigo y señor mío:

Por un extraordinario que se dirige a esa ciudad con pliegos para la legación inglesa y que no me ha traído ninguna, he sabido que se ha avistado un nuevo buque en Veracruz y que los preparativos para la campaña continúan con extraordinaria celeridad.

A mi paso por Puebla y consecuente con mi idea de ir hacinando todos los elementos para el mejor éxito de la importante comisión con que me ha honrado el supremo gobierno, obtuve de dicho señor gobernador la formal promesa de que me proporcionaría un batallón de 800 plazas y 500 reemplazos más, socorriendo a aquél por cuenta del estado.

El señor gobernador de Tlaxcala también me ha ofrecido otro batallón de 500 hombres y una fuerza de 100 caballos, tan luego como comiencen las operaciones.

A mi primera llegada a Veracruz remitiré a usted mi plan de campaña, debiendo insistir en la remisión de fuerzas y recursos porque, aunque la responsabilidad en la guerra nacional será del gobierno y yo acepto el cargo con que se me honra con todos sus peligros y consecuencias, es indispensable que, con toda oportunidad, manifieste a usted lo que puede ocurrir si no se atiende a su debido tiempo.

Hasta ahora, ni siquiera las órdenes del ministerio de Hacienda que deben proporcionarme recursos en Veracruz, llegan a mí poder. El batallón independencia, que de Puebla se me tiene ofrecido, carece de armas y será ilusorio este elemento, si el gobierno no se las proporciona.

Adjunto a usted una carta del Sr. coronel don Francisco Mejía, en que expone sus patrióticos deseos de prestar sus servicios, con el batallón de guardia nacional que es a sus órdenes. Semejantes ofertas, a mi juicio, no deben esquivarse y con hombres de moralidad y de honor, se conseguirá mucho más que con jefes como el coronel Vega, de cuya conducta impondrá a usted el Sr. Gral. Lamadrid.

El Sr. Gral. Mendoza ha quedado resentido por la exigencia, en mi opinión extemporánea, de su rehabilitación, puesto que se ha batido contra los enemigos del gobierno, que no servía a los reaccionarios y que es diputado a una Legislatura.⁶

Próximamente escribiré a usted con más extensión, pues sólo aprovecho la diligencia para tener a usted al tanto de la marcha que llevo para que me imponga sus órdenes. Mañana visito las cumbres de Acultzingo, pasado mañana el Chiquihuite y al otro día estoy en Veracruz, desde donde con todos los datos me extenderé.

Los ingenieros están trabajando ya y no tema usted que perdamos tiempo que bastante poco nos queda; por ello es necesario que el gobierno me aglomere todos los elementos de defensa y vaya pensando y nombrando, desde ahora, dos generales superiores para encargarlos de mis flancos y que casi tendrán que obrar aislados.

Sin otro asunto, señor presidente, concluyo manifestando a usted que se tenga la confianza propia del encargo que se me confía, creído que yo no daré un paso sino en defensa de la independencia y del honor nacional.

Soy de usted, señor, su afectísimo amigo y seguro servidor, q. b. s. m.

José López Uruga

⁶ La redacción es confusa, pero así aparece en el manuscrito: seguramente quiso decir: "puesto que se ha batido contra los enemigos del gobierno, no sirvió a los reaccionarios y es diputado a una Legislatura.

XIV CONFERENCIA DE ROMERO CON MR. SEWARD

Washington, diciembre 9 de 1861

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Acabo de tener una entrevista con Mr. Seward. En cuanto entré a su despacho pidió su respuesta a la invitación europea, que me leyó en seguida. Los puntos capitales están conformes con la relación que de ella me hizo el Sr. Tassara, pero en la forma manifiesta un espíritu mucho más amistoso y de alta consideración hacia México.

Se recuerda a las potencias las declaraciones que han hecho de que no es su objeto subvertir la forma de gobierno existente en la República y el conjunto todo presenta mejor aspecto del que aparece del extracto contenido en mi nota número 360, fecha de ayer.

Pregunté a Mr. Seward si pensaba mandar al Congreso la correspondencia sobre este asunto que ha sido pedida por el diputado Vallendighan, según informo a usted en mi nota número 361, de esta fecha y me dijo que por ahora no le parecía conveniente mandarla. Estaba muy violento y no me pareció oportuno prolongar más mi entrevista.

Remito a usted una tira en que está el tratado de Londres con su preámbulo y algunos comentarios de la prensa inglesa. Va también una tira de la *Crónica de Nueva York*, que contiene un decreto del gobierno español estableciendo una línea de vapores correos entre Veracruz y las Antillas, lo que puede considerarse como otra prueba más de sus designios respecto de México, para lo cual le conviene tener comunicaciones de vapor con la República, frecuentes y seguras.

La carta adjunta del corresponsal en La Habana del *Herald de New York*, dice que las autoridades de Cuba habrían ofrecido auxilio a la

península de Yucatán, cuya oferta, si fuere cierta, tampoco la creo desinteresada.

Este gobierno debe tener también algunos proyectos respecto de Yucatán, pues hace dos días me mandaron preguntar del departamento de estado, si sabía yo el nombre de un autor francés que escribió un libro sobre Yucatán y hoy me preguntó Mr. Seward con interés si había yo estado en aquella península.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

LÓPEZ URAGA INICIA TAMBIÉN SUS LAMENTACIONES

Veracruz, diciembre 12 de 1861

Sr. Presidente de la República
don Benito Juárez
Mí estimado amigo:

Verdaderamente por no reagrar al erario nacional con nuevos gastos, no escribo a usted todos los días para darle conocimiento del estado que guardamos, que es cada momento más desesperado. A un norte que ha comenzado a soplar desde ayer se debe la demora del desembargo de la escuadra y, según otros, a la llegada del Sr. Dubois de Saligny; cualquiera que sea el motivo, nos es favorable, porque de este modo se salvará una gran parte del material de guerra que existe en la fortaleza de Ulúa y de esta plaza.

Dejo a la consideración de usted los crecidos gastos que hay que hacerse para esta desocupación; yo se lo he dejado todo al Sr. La Llave, porque no está en mi mano proporcionarme recursos, ni esto es posible en la situación que guardamos.

La noticia que me da usted sobre su idea de confiar el ministerio de Relaciones al Sr. Doblado, me es sumamente grata y conjuro a usted, a nombre de la nación, a que emplee como merece esta ilustrada capacidad en beneficio del país, permitiéndole formar un ministerio digno.

No dejaré de escribir a usted imponiéndole de todo cuanto ocurra, limitándome por ahora a las anteriores noticias y suscribiéndome de usted, como siempre, afectísimo amigo y servidor q. b. s. m.

José López Uraga

DE LA FUENTE, DESDE PARÍS,
VE LA SITUACIÓN CON OBJETIVIDAD

París, diciembre 13 de 1861

Sr. don Matías Romero

Washington

Mí muy estimado amigo y colega:

Cuando llegue a manos de usted esta carta, ya se habrá resuelto en Washington la gran cuestión de paz o guerra con la Gran Bretaña.

Lo que es nuestro gobierno, yo, lo mismo que usted, no puedo comprender su ciega confianza en una solución pacífica. Desde el 31 de agosto, 24 horas después de recibida en esta legación la malhadada ley sobre suspensión de pagos, dije oficialmente al ministro de Relaciones en México que, para mí, era una cosa casi enteramente cierta y segura que esa ley nos atraería una tempestad de Francia y de Inglaterra, que estallarían una andanada de insultos y de acriminaciones contra México y que detrás vendrían mil desastres con la guerra. No podía yo hablar con más seguridad, porque no había recibido aún la respuesta de Mr. Thouvenel. Ya antes, cuando avisé al gobierno mi recepción en audiencia imperial, usted recordará que consideraba como una condición de nuestras buenas relaciones con Francia la fiel observancia de nuestros pactos internacionales. El 31 de agosto aconsejaba yo al gobierno que evitara al país un conflicto terrible, haciéndose derogar la ley antes referida y restableciendo las cosas al estado que antes de expedirla guardaban. ¿Por qué fatalidad no fui yo creído? Probablemente hubiéramos deshecho la tormenta: la Inglaterra no hubiera pensado en la liga; la Francia no hubiera podido cohonestar su alianza con España y ésta no nos hubiera podido hacer mucho mal, aunque a ello se hubiera

atrevido, que lo dudo. Usted recuerda cuánto tardaron las tres potencias en ponerse de acuerdo. El pacto no tuvo lugar hasta el día último de octubre y no se firmó hasta mediados de noviembre. Pero es inútil detenerse en considerar lo que no tuvo realidad.

¿De qué nos ha servido tratar con Inglaterra? De que digan sus diarios que no se apartarán los aliados por eso, si bien añaden que Inglaterra ha mejorado, pues que no habrá que recurrir a la guerra para que reconozcamos su deuda y que sólo les queda la tarea de tomarse por la fuerza las garantías materiales suficientes para la responsabilidad que hemos reconocido en su favor.

Contesto a usted oficialmente sobre la idea de trabajar porque los Estados Unidos tomen parte en la expedición.

¿Sabe usted que el Brasil va a mandar dos fragatas para tomar parte en la expedición?

Amigo mío: a veces me reprendo por no haber pedido mis pasaportes. Con todo, había y hay buenas razones para esperar las instrucciones que deben venirme por este paquete.

Adiós. Soy de usted, con la mayor sinceridad, su amigo afectísimo y s. s. q. b. s. m.

Juan Antonio de la Fuente

LÓPEZ URAGA SUGIERE QUE DOBLADO DESEMPEÑE LA
SECRETARÍA DE GUERRA

Veracruz, diciembre 13 de 1861

Sr. presidente don Benito Juárez
México
Mí estimado amigo y señor:

Doy a usted personalmente y a nombre de la nación, las más sinceras gracias por el nombramiento del Sr. Doblado, para el ministerio de Relaciones. Creo que esta acertada determinación, ha salvado al país en la dura prueba a que va ponerle la invasión europea que nos amenaza. Puede usted descansar en que, desde este momento, encuentro multiplicadas mis facultades de acción, no sólo como si no me hallase mutilado, sino como si tuviese otros miembros, extraordinarios.

Además he encontrado la cooperación más completa por parte del Sr. Llave, y excelente disposición por parte de los pueblos del estado de Puebla y Veracruz, para prepararse a la guerra y puede usted creer que, si toca sucumbir a las armas nacionales, en la lucha que se prepara, no será sin honor.

Luchamos con la escasez consiguiente, que nadie mejor que usted podrá apreciar; pero aunque no nos manden dinero, arbitraremos los medios de salvar el buen nombre de la patria, pues tengo la convicción de que sabrán apreciar, dirigir y apoyar nuestros esfuerzos. Por lo mismo ruego a usted que, a pesar de que el Sr. Doblado tenga la dirección del gabinete, como ministro de Relaciones, no me lo separe usted del de Guerra, que hoy encierra en su cartera el porvenir de México.

Incluyo a usted un decreto, cuya necesidad comprenderá usted a primera vista.

Obrando de acuerdo con el Sr. Llave y conociendo que las disposiciones dictadas en Veracruz van a dar el verdadero tono o carácter a la guerra, hemos creído indispensable dictar providencias serias, por pesadas que vengan a resultar en casos excepcionales.

Las disposiciones dictadas para la evacuación de la plaza estaban anticipadamente obsequiadas; respecto a interrogar al jefe de las fuerzas de Antón Lizardo, esta tarde, si el tiempo lo permite, lo verificará el gobernador.

Doy a usted el parabién por la derrota de Lozada y espero vendrán cuanto antes las fuerzas de Jalisco; debe felicitarse al país y al Sr. Ogazón por aquel triunfo.

Deseo a usted felicidades y mi respeto; su amigo y servidor afectísimo q. b. s. m.

José López Uruga

XV CONFERENCIA DE ROMERO CON MR. SEWARD

Washington, diciembre 14 de 1861

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

En una conferencia que tuve hoy con Mr. Seward, me dijo este señor que en esta semana había venido a verlo Mr. Hargous, de Nueva York y lo había informado de todo lo que su casa hizo para abrir la comunicación interoceánica por el istmo de Tehuantepec y de la manera con que la administración democrática de Mr. Buchanan consiguió que el privilegio quedara en manos de Mr. Benjamin, quien ahora está en la imposibilidad de llevarlo a cabo. Mr. Hargous manifestó deseos de que se le revalide la concesión y Mr. Seward recibió con agrado este proyecto, seguramente por quitar la empresa de manos de las personas que ahora la tienen, que pertenecen todas al sur y que estaban insurreccionadas contra este gobierno.

Me dijo que iba a dar instrucciones a Mr. Corwin, para que en cambio de dicho privilegio ofreciera al supremo gobierno 10 millones de pesos, "pues, de esta manera, agregó, serán menos onerosos para México los auxilios que le prestemos". Yo le dije que me parecía que este proyecto sería mejor recibido por mi gobierno que el anterior contenido en las instrucciones que se enviaron a Mr. Corwin el 2 de diciembre último, principalmente porque, según entendía, el privilegio de la compañía Louisiana de Tehuantepec estaba al expirar.

Me manifestó en seguida que desde la fecha de nuestra última conferencia no había sabido nada nuevo respecto de los negocios de México y que estaba esperando con ansiedad la correspondencia de Mr. Corwin. Me informó también de que se va a mandar a Veracruz un vapor

de guerra que está ahora en el río Potomac y tuvo la bondad de ponerlo a mi disposición para que envíe yo mi correspondencia. Probablemente por dicho vapor se mandarán a Mr. Corwin las nuevas instrucciones a que hizo referencia.

Habiendo caducado el privilegio que tenía la casa de Hargous, no sería posible revivirlo sino concediéndole uno nuevo. A esto, sin embargo, no me parece que se prestará gustoso Mr. Corwin, por haber él tenido siempre interés en el de Sloo, según informé a ese ministerio en mis notas números 153, de 18 de noviembre del año próximo pasado y 42, de 13 de marzo último.

Deseando saber si el vapor de que me habló Mr. Seward va a Veracruz sólo para llevar despachos o para aumentar la fuerza naval de los Estados Unidos en aquella estación, pasé en seguida al departamento de Marina e hice al secretario las mismas preguntas que había hecho pocos días antes a Mr. Fox y de cuyo tenor informé a usted en mi nota número 365, fecha de antier. Mr. Welles me respondió exactamente en los mismos términos que Mr. Fox. Le pregunté cuándo saldría el *Pansacola*, que es el nombre del vapor y encontré que no sabía aún que Mr. Seward tuviera el designio de mandarlo a Veracruz. Me dijo, sin embargo, que es vapor nuevo, que su maquinaria está descompuesta y que necesitará una semana para repararse y que él era de opinión que sería muy expuesto mandarlo a un viaje tan largo. Temo, pues, que al fin no salga ese vapor ni ninguno otro.

Todo lo cual tengo la honra de comunicar a usted, renovándole las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

UN MEXICANO DESORIENTADO ESPERA QUE MIRAMÓN
APOYE AL GOBIERNO CONSTITUCIONAL

Nueva York, diciembre 14 de 1861

Sr. don Matías Romero
Washington
Muy estimado amigo:

Según me escriben de esa ciudad, Miramón debe venir muy pronto a ésta y como yo siempre lo he creído, no hay fundamento —al menos así me lo dicen— para los mil y un rumores que han corrido sobre que va a México con y a pelear en favor de las fuerzas invasoras.

Como comprendo del peso político que sería en la cuestión presente que ese general ofreciese sus servicios al gobierno constitucional, pues esto, de parte de un presidente conservador, desmentiría la opinión muy generalizada de que la intervención europea es apoyada por una parte de la nación mexicana, me propongo ver si logro aquel objeto.

Al efecto, pienso apersonarme con el Sr. Miramón luego que llegue y abordar la cuestión leal y francamente con él; si obtengo un buen resultado, creo que habré hecho un gran servicio a mi patria; si no, nada se pierde y será una prueba más de los sentimientos políticos que se atribuyen al partido conservador. En uno y otro caso comunicaré a usted el resultado, bajo reserva, por supuesto. ¿Qué le parece a usted? Después de las noticias que comuniqué a usted en mi anterior, tengo otras cosas que me hacen creer que en México ha ocurrido algo en la forma de una reconciliación general para defenderse contra el enemigo exterior; la noticia se me asegura, viene del almirante francés Mr. Reynaud. Ya veremos si ella es cierta.

Me repito de usted afectísimo amigo y servidor q. b. s. m.

J. M. Durán

MATÍAS ROMERO ESTA CONVENCIDO DE LA CONNIVENCIA
DE LOS ULTRACONSERVADORES EN LA INVASIÓN

Washington, diciembre 15 de 1861

Sr. don J. M. Durán
Nueva York
Mí estimado amigo:

Acabo de recibir su grata de ayer, en la que me habla de la venida de Miramón a este país y de lo que piensa usted decirle luego que llegue a esa ciudad. Yo también había meditado sobre esto y había llegado a creer que no podría menos que ser conveniente para la causa de nuestro país que, en la presente emergencia, ofreciera Miramón sus servicios al gobierno constitucional de una manera franca y sin restricciones de ninguna especie. No creo ni espero, sin embargo, que lo haga así, pues tengo demasiadas pruebas para persuadirme de la connivencia del partido ultraconservador en la intervención europea y el hecho de que Miramón ha visitado a España y a su reina después de la actitud hostil que aquella nación ha tomado contra nosotros, me acaba de convencer de que también él es cómplice de aquel crimen. Respecto de lo que usted me dice que piensa hacer, debo contestarle que, a mi juicio, sería mejor que él espontáneamente ofreciera sus servicios si tiene tal intención; pero que, al mismo tiempo, no creo que se pierda nada si usted le habla en lo particular sobre esto. En todo caso será conveniente no hacerle ninguna promesa en nombre de nuestro gobierno, porque no sabemos cómo recibirán en México este negocio.

Espero que, como usted me lo ofrece, me comuniqué el resultado que esto tenga, sea cual fuere, pues es cosa que me interesa saber.

Quedo de usted afectísimo amigo, atento y seguro servidor q, b. s.
m.

Matías Romero

DISCURSO PRONUNCIADO EL 15 DE DICIEMBRE DE 1861
POR EL PRESIDENTE JUÁREZ
EN LA SOLEMNE CLAUSURA DE LAS SESIONES DEL
CONGRESO DE LA UNIÓN

Ciudadanos diputados:

Vais a suspender vuestras funciones legislativas en medio de las circunstancias más difíciles que han rodeado a México desde su independencia. Vuestras últimas resoluciones ocurren, sin embargo, a la grande necesidad del momento, puesto que al retiraros habéis concedido al Ejecutivo todas las facultades que necesita para hacer frente al peligro que nos amenaza.

El gobierno, que ve en esas facultades un aumento de inmensa responsabilidad y que las va a ejercer sólo en nombre de la representación nacional, sin más título que la emergencia apremiante de las circunstancias, ni más objeto que la salvación de la República, siente tanto temor, al aceptarlas, como el deseo de devolverlas al poder soberano de quien derivan.

El carácter supremo de estos momentos no hace flaquear, con todo, la esperanza que el gobierno ha manifestado en otra ocasión como ahora, de conjurar los peligros que amenazan a nuestra nacionalidad y de restablecer la paz, a la sombra de la ley y de la libertad. En empresa tan ardua, el gobierno tiene como garantías de buen éxito, el patriotismo de los mexicanos y el espíritu de razón y de equidad de las otras naciones.

El gobierno mexicano permanece fiel a sus sentimientos de paz y de simpatía para con los otros pueblos y de lealtad y moderación para con sus representantes y espera conseguir que los gobiernos europeos, cuyo juicio han procurado extraviar los enemigos de nuestra libertad, con respecto a la situación de la República, lleguen a ver en lo que alegan

como agravios, una consecuencia inevitable de una revolución altamente humanitaria que el país inició hace ocho años y que comienza a realizar sus promesas, no sólo para los mexicanos, sino para los mismos extranjeros.

Fácil es que éstos comprendan que la revolución reformadora, que ha herido pasajera y ocasionalmente algunos intereses, va a colocar sobre una base sólida cuanto hay de más precioso en el orden moral y material para todos los habitantes de una nación y que está ya sustituyendo la libertad religiosa, las franquicias del comercio y la fraternidad para con los emigrados de otros países, al sistema de suspicacia y de exclusivismo que dominó hasta hace poco en la política interior y exterior de la República. Los otros pueblos no pueden olvidar sino momentáneamente el interés que tienen en ayudarnos con su simpatía a consolidar una revolución, cuyos frutos recogerán como nosotros mismos.

Por esto es que el gobierno espera que en la guerra con que está amagada la República, se dejarán escuchar la razón, la justicia y la equidad y que antes que con el poder de las armas, el peligro se conjure con un arreglo justo y equitativo, compatible con el honor y dignidad de la nación. Pero si así no fuere, si resultare frustrada nuestra esperanza, el gobierno empleará toda la energía que inspira el amor de la patria y la conciencia del deber, para impulsar al país a defender su revolución y su independencia, teniendo como seguridades de buen suceso, la justicia de nuestra causa y el patriotismo que en todos los pueblos de la República se ha avivado al solo anuncio de que puede peligrar la independencia de la patria.

El gobierno hará su deber y si, como no lo duda, México, por un supremo esfuerzo de sus hijos, se salva de la guerra extranjera, si logra ver restablecida la paz, el Congreso, en su próximo período, vendrá a utilizar esa conquista, dictando leyes sabias que consoliden la independencia, la libertad y la reforma.

CONTESTACIÓN DEL PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS AL PRESIDENTE JUÁREZ

Ciudadano presidente:

Es una ley de la humanidad el progreso; pero éste para desarrollarse en todos los pueblos ha necesitado de esas terribles crisis que se llaman revoluciones.

La historia nos enseña que todas las naciones, para llegar a la reforma y a la verdadera civilización, han tenido que pasar por pruebas terribles y por dolorosos sacrificios y se han visto muchas veces a los pueblos más poderosos tocar el borde del abismo, pero salvarse, sin embargo, por la fe y por la unión entre sus hijos.

México atraviesa, en este momento, por medio de una de esas comprometidas situaciones, porque el sacudimiento que ha sido necesario hacer sentir a esta sociedad para plantear la reforma y producir la regeneración del país, ha suscitado inmensas dificultades, tanto en el interior como en el exterior de la República.

El Congreso de la unión comprendió el estado de las cosas y sus trabajos han demostrado que su atención se ha dividido entre la contienda civil que nos devora y la guerra extranjera que nos amenaza y ha expedido leyes que sofoquen, en cuanto sea posible, la primera y que impidan a preparar a la nación a la segunda.

Se ha dado la ley que ampara a los ciudadanos en el goce de las garantías que les concede el código fundamental; esta ley, fruto de largas discusiones, es, por decirlo así, el complemento de la constitución que asegura los derechos del hombre y del ciudadano y abre los tribunales a las quejas de los que sientan heridos sus derechos por cualquiera de las autoridades de la federación o de los estados.

Sin esta ley, realmente las garantías no estaban sino prometidas, porque no existía ni el modo ni el tribunal que debía reprimir, en los casos particulares, extralimitación de poder con perjuicio del individuo y éste veía remota la indemnización del perjuicio que se le ocasionara por un agente del poder que no tenía juez sobre la tierra.

Se han aprobado los tratados postal y de extradición celebrados con los Estados Unidos del Norte, respetándose los principios que ha mucho tiempo constituyen una faz de la civilización de México; se ha convenido expresamente en que ni los responsables de delitos políticos, ni los esclavos puedan jamás ser objeto de extradición. Así, por un pacto internacional con los Estados Unidos, quedará sancionada para siempre la libertad del esclavo por el hecho de pasar al territorio mexicano y el olvido del que por un error político haya huido a la nación vecina dominado por el remordimiento de haber cooperado a las desgracias de su patria.

En el anterior período de sesiones y por iniciativa del Ejecutivo, el Congreso decretó la ley de 17 de julio que, entre otras cosas, suspendía el pago de las convenciones diplomáticas; los miembros del gabinete esperaban y así lo indicaron a la Cámara, que esta ley no produciría un conflicto con las potencias cuyos pagos se iban a suspender y, tanto por esto cuanto por el derecho de la propia conservación, pues aquellos momentos eran terribles para el país, se decretó por dos años la suspensión de todos los pagos, incluso los de las convenciones.

Pero nuestras relaciones diplomáticas tuvieron que resentirse con esta ley y el Ejecutivo presentó a la Cámara, como una solución a las dificultades con Inglaterra, el tratado celebrado entre el ministro de México y el ministro plenipotenciario de S. M. B.

Las estipulaciones de este tratado parecieron a la Cámara gravosas para la nación; en él se reconocía y cubría con el pabellón británico, además de la convención inglesa, la deuda contraída en Londres en 1823 y el pago de la cantidad tomada por el llamado gobierno de Miramón, en la casa número 11 de la calle de Capuchinas. Para el pago de todos estos créditos, la nación sacrificaba una no muy pequeña parte de los productos

de sus aduanas, bajando, al mismo tiempo, los aranceles y alzando las prohibiciones establecidas.

Nada, sin embargo, hubiera sido la cuestión en cifras, a pesar de su grande importancia, si ese tratado no hubiera contenido también estipulaciones humillantes para la dignidad de la República. Los bonos nacionales que debían emitirse en virtud de este tratado necesitaban, para su validez, llevar al lado de la firma de nuestro ministro de Hacienda, la firma del agente de nuestros acreedores. Por semejante condición, el papel que se emitía como que se abonaba por cuenta de derechos tenía una verdadera representación monetaria y sin valor, faltándole la firma del agente de los acreedores. Ningún país del mundo hubiera pasado por semejante humillación y México, consintiendo en ello, hubiera, por decirlo así, consentido en sellar su moneda con las armas de Inglaterra. Los administradores y empleados de nuestras aduanas quedaban sujetos a una verdadera tutela, ejercida por los agentes consulares o por los apoderados o agentes de los acreedores ingleses, que podían pedir para su revisión todos los libros y documentos de las aduanas.

El Congreso vio en todo esto la intervención, vio en todo el baldón y la deshonra para la República. La soberanía de las naciones no puede conservarse desde el momento mismo que ella no tiene absoluta independencia en el más pequeño de sus actos, porque el individuo en la sociedad puede ser libre y depender de una autoridad y tener un juez, pero una nación no puede depender de nadie, no puede tener más juez de sus acciones que la providencia. El Congreso también quiere la paz, la quiere en nombre de la República; la quiere a toda costa y con cualquier sacrificio, pero nunca con mengua del honor nacional ni de la soberanía e independencia de México.

El honor de México estaba comprometido de una manera vergonzosa en ese tratado y el Congreso lo reprobó sin vacilar.

Mas, como una prueba de moralidad de la nación, dispuesta a cubrir siempre sus compromisos y de que no era el interés el resorte que movió a la representación nacional a desechar el tratado, la ley de 17 de julio que suspendió el pago de las convenciones diplomáticas fue derogada en esta parte al día siguiente de cuando el tratado se reprobó,

mandándose pagar, además, los dividendos que no se hubieren satisfecho en el tiempo que duró la suspensión por causa de la ley.

La guerra, sin embargo, aparece como segura; la España apresta una escuadra; el ministro del emperador de los franceses pide su pasaporte y se retira y la amenaza de una liga entre Francia, España e Inglaterra contra México, se presenta en el oriente como una tempestad; en estos momentos solemnes la Cámara creyó necesario que la República se aprestase para el combate. México no es una nación débil y enferma como la han querido pintar las naciones europeas y, si bien las sangrientas guerras civiles le han quitado una parte de su fuerza, la unión de sus hijos todos la pueden presentar poderosa. Hija de este convencimiento, la ley de amnistía viene a preparar la unión de todos los mexicanos con el olvido de los delitos políticos.

La defensa de la patria es la hermosa oportunidad que la providencia ha preparado a los que aún combaten con las armas en la mano al gobierno legítimamente constituido para dejar esa actitud amenazadora, viniéndose a agrupar para comenzar la lucha nacional en derredor de la bandera que nos legaron nuestros padres al darnos la independencia.

México habrá tenido partidos políticos cuyas profundas divisiones han empapado en sangre a la República; pero México no ha tenido ni tendrá traidores que vayan a engrosar las filas de los enemigos del país.

Por un decreto del Congreso, antes de cerrar sus sesiones, ha autorizado omnímodamente al Ejecutivo para que dicte todas las medidas que juzgue necesarias en las presentes circunstancias para afrontar la situación, salvando sólo la independencia e integridad del territorio y de los principios de la constitución y de la reforma. Por esto, la mayor prueba de confianza que jamás una asamblea Legislativa haya dado en el país al depositario del Ejecutivo, el Congreso fía a este poder la salvación de la República, porque está convencido que en los momentos solemnes, la energía y el acierto dependen casi siempre de la unidad en la acción y este pensamiento está consignado también en nuestro código fundamental, en la parte que autoriza al Congreso para conceder al Ejecutivo facultades extraordinarias.

Incalculable es el peso que lleva sobre sus hombros el Ejecutivo; terrible es la responsabilidad que de hoy en adelante va a reasumir él solo; pero también inmensos son los recursos que se ponen a su disposición y omnímodas las facultades que se le entregan.

La consideración sola de la necesidad de salvar al país, decidieron al Congreso a dar este paso; del Ejecutivo depende y nada más de él, salvar a la República o precipitarla en el abismo.

La asamblea nacional suspende hoy sus tareas legislativas; pero estará siempre en expectativa como el centinela de las libertades públicas y pronta a volver a reunirse en el momento en que su presencia sea de algún modo necesaria para el bien de su patria; entonces recibirá del Ejecutivo cuenta de ese poder que hoy entrega en sus manos con tan ciega confianza.

Si la cuestión extranjera no se resuelve pacíficamente, si el cuadro de la guerra se desarrolla en nuestro país, combatiremos y la justicia de nuestra causa y el amor a nuestra patria presentarán, más o menos cercano, pero siempre verdadero y hermoso, un porvenir para México y Dios velará por la República.

(15 de diciembre de 1861)

Vicente Riva Palacio

EL GOBIERNO ESPAÑOL ADICIONA SUS INSTRUCCIONES A PRIM

Señor plenipotenciario y comandante en jefe del cuerpo expedicionario de S. M. en la República Mexicana

El representante de la Gran Bretaña en esta corte me ha dado conocimiento de un despacho que ha recibido de su gobierno, en el que se le manifiesta el estado en que se hallan las reclamaciones entabladas en el mes de septiembre último, por el ministro plenipotenciario de Inglaterra en México, para obtener el pago de las reclamaciones inglesas pendientes contra la República.

De las noticias contenidas en el referido documento resulta que, aceptadas por el gobierno de la República las reclamaciones inglesas y concertado un proyecto de convenio al efecto, sobrevinieron algunas dificultades en la negociación por la resistencia que oponía el gobierno de México a reconocer la suma que había sido sustraída por la fuerza de la legación británica y por su repugnancia a consentir el nombramiento de interventores en sus aduanas marítimas, cuya medida, en su sentir, sería considerada en el país como una humillación nacional.

Como a estas dificultades se agregase la imposibilidad que alegaba el gobierno mexicano de encontrar recursos con que satisfacer las mencionadas reclamaciones, intervino en el asunto el representante de los Estados Unidos quien ofreció y su oferta fue aceptada por México, negociar un convenio en virtud del cual el gobierno de Washington, tomaría a su cargo el pago de los intereses de la deuda de México con Inglaterra por un período de cinco años, en cambio de algunas garantías materiales y bajo condiciones determinadas de reintegro. Esta oferta fue aceptada y se formó el proyecto de convenio, cuyas estipulaciones no empezarían a regir hasta el 1o. de enero de 1862, por haber juzgado el

representante de la Gran Bretaña que hasta dicha época no llegarían los fondos prometidos de los Estados Unidos pero, dudando que se cumpliese lo prometido, en atención a no haberse firmado todavía el convenio, sir Charles Wyke solicitó la presencia de fuerzas navales en Veracruz y la autorización para recurrir a la fuerza en caso necesario.

Por otra parte, cediendo el gobierno de México a las gestiones del representante de S. M. B., había ofrecido también hacer todo lo posible para satisfacer las reclamaciones de la legación de Francia, ocasionadas por la suspensión del pago de los intereses devengados, según los términos del convenio celebrado con esta última potencia.

En presencia de tales sucesos y, aunque las ventajas obtenidas por sir. Charles Wyke satisfacen a la Gran Bretaña, no cree el gobierno de esta potencia que la nueva proyectada estipulación será más fielmente cumplida que tantas otras como ha pactado anteriormente. Tal seguridad, si en efecto puede obtenerse, sólo la encuentra el gabinete de Londres en el convenio que acaba de celebrar con la Francia y la España.

La única ventaja que puede, pues, producir el asentimiento del gobierno mexicano a las exigencias del representante de Inglaterra, se deriva de la precisión con que la Gran Bretaña ha fijado el límite de sus reclamaciones, lo cual facilitará las futuras demandas mancomunadas de las tres potencias.

Al mismo tiempo que sir John Crampton ha puesto en mi conocimiento estos sucesos, el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Madrid, me ha hecho proposiciones análogas en nombre de su gobierno, por lo que respecta a las reclamaciones españolas, es decir, que el gobierno de los Estados Unidos se comprometería, por medio de un convenio, a pagar por un número de años determinado los intereses de los créditos de España contra México, mediante las correspondientes garantías por parte de la República.

He contestado a Mr. Shurz en términos convenientes y con la reserva debida, para que comprendiera que, puestas de acuerdo la España, la Francia y la Inglaterra para proceder en un todo de acuerdo a fin de obtener de la República de México, por medio de una acción combinada, las reparaciones y satisfacciones que tenían derecho a exigir

por los agravios que se les habían inferido, no podía aceptarse base alguna de arreglo que no tuviera el consentimiento de las tres potencias interesadas.

Contribuirá, sin duda, a establecer la unidad en todos los actos y reclamaciones y al pronto y satisfactorio término de nuestras diferencias con esa República, que los representantes de Francia e Inglaterra en México conozcan exactamente la naturaleza de nuestros agravios y la extensión de las reparaciones que la España exige de la República y las condiciones y garantías necesarias, no solamente para evitar su repetición sino también para proporcionar a los súbditos de la reina la seguridad y protección que necesitan en el ejercicio de sus industrias y profesiones y en el empleo de sus capitales.

Consignadas en las instrucciones que se comunicaron a V. E. a su salida de esta corte las reclamaciones que debían presentar en nombre de la España cuando llegara el momento oportuno de abrirse las negociaciones para un arreglo, se servirá V. E. dar conocimiento de ellas a sus colegas de Francia e Inglaterra a fin de que, en todas las gestiones que practique V. E. con los representantes de las mencionadas potencias, presida la unidad de miras y de acción, que es la mayor garantía de acierto para el mejor desempeño de la importante misión que el gobierno de la reina ha confiado al celo y lealtad de V. E. en la República Mexicana.

De Real orden lo digo a V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes.

Dios guarde a V. E. muchos años, Madrid, 15 de diciembre de 1861.

Saturnino Calderón Cañantes
(Primer ministro de España)

EL PUEBLO DE VERACRUZ SE PORTA NOBLEMENTE

San Juan de la Estancia, diciembre 15 de 1861

Sr. presidente don Benito Juárez

México

Mí estimado amigo y señor:

La carta que dirijo al señor ministro, impondrá a usted de pormenores que estoy lleno de disgusto y pena para poder repetir. La plaza ha sido evacuada en el mayor orden posible, a pesar de un accidente en el ferrocarril que amenazó obligar a estas pobres tropas de salir a pie.

Esté usted persuadido de que si esos hombres se resuelven a avanzar, perderemos toda nuestra artillería; éste es el resultado de haber tenido los negocios en manos impotentes.

La plaza ha quedado casi vacía de familias mexicanas y creo, según lo he presenciado, que si hubiéramos tenido elementos de movilidad suficientes, sin obligar a nadie, habría quedado Veracruz solo.

Esto me trae a recomendar a usted, que no sólo aprueben las declaraciones que contiene el bando que publiqué en Veracruz, de que remití a usted ejemplares oportunamente, sino, además, que reglamenten ustedes el artículo 8º que declara traidores a los que permanezcan entre el enemigo; porque, como dije a usted en una de mis anteriores, estos primeros pasos van a dar el tono o carácter a la guerra que vamos a sostener. Además, he notado el buen efecto de la disposición; he visto conmovidos a esos individuos cuyo patriotismo ha estado empolvado y algunos, antes que exponerse a manchar su nombre, han salido a pie y arrostrando toda clase de dificultades. La experiencia y el tiempo de que ustedes pueden disponer para dar a esa disposición todo su valor moral, reglamentando las penas y disponiendo lo conveniente para que no sea

una de tantas disposiciones que se evaden, perfeccionará el citado artículo y nos proporcionará elementos en hombres y dinero. Persona ha habido que ha ofrecido sostener un número de hombres o dar una cantidad fuerte de dinero para salvarse de la tacha de traidores, con un salvoconducto.

El pueblo de Veracruz se ha portado noblemente. Los jóvenes más distinguidos han salido a levantar fuerzas; el batallón guardia nacional tenía altas en lugar de bajas, al salir. Un poco de tiempo, buena dirección y que coman, y no triunfará el enemigo.

Concluyo repitiéndome de usted amigo y servidor afectísimo q. b. s. m.

José López Uruga

XVI CONFERENCIA DE ROMERO CON MR. SEWARD

Washington, diciembre 17 de 1861

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Anoche vi a Mr. Seward en un baile que dio el ministro del Brasil. Me informó que había recibido en la mañana correspondencia de México con noticias importantes. Le dije que la mía no había llegado todavía y le ofrecí pasar a verlo hoy para que tuviera la bondad de comunicarme sus noticias. En la mañana fui, pues, al departamento de Estado y supe que la correspondencia de dicha oficina había llegado por el vapor de los Estados Unidos constitución, que vino de La Habana a la fortaleza de Monroe y que, al parecer, sólo trajo pliegos para este gobierno, pues yo no recibí nada ni tampoco recibieron sus cartas los periódicos de Nueva York, que hasta ahora no han publicado ninguna noticia de México.

Mr. Seward me dijo que Mr. Corwin había mandado el proyecto de tratado que sometió al supremo gobierno y en virtud del cual se había concluido un arreglo satisfactorio con el ministro inglés; pero que habiendo sido desaprobado este arreglo por el Congreso de México, indebidamente, en concepto de Mr. Corwin, este señor había retirado su proyecto de tratado y había dicho que no entraría en ninguna otra negociación hasta no recibir nuevas instrucciones de su gobierno.

Agregó Mr. Seward que hoy daría cuenta al presidente con este negocio en junta de ministros y que probablemente mañana me podría comunicar la determinación que adopte este gobierno.

Afortunadamente poco antes de verlo había yo recibido una carta de un miembro de la legación de los Estados Unidos, residente en esa ciudad, que vino por conducto del departamento de Estado, en que se me

refería el motivo porque fue desaprobado el tratado concluido con la Inglaterra y me apresuré a decírselo a Mr. Seward, manifestándole que la intervención concedida a los cónsules ingleses en nuestras aduanas era la única causa de que el tratado se hubiera desechado; pero que el Congreso, para manifestar su buena voluntad de arreglar las cuestiones pendientes con la Gran Bretaña y la Francia, había expedido, desde luego, un decreto en que se derogan las disposiciones de la ley de 17 de julio último, que se refieren a las convenciones diplomáticas y la deuda contraída en Londres y se manda pagar las sumas que dejaron de percibirse en virtud de dicha ley.

Dije en seguida a Mr. Seward que había yo sabido, por conducto fidedigno, que la Inglaterra y la Francia habían convenido en ayudar a España en sus designios contra México, con tal de que la España ayude a ambas potencias en sus planes contra los Estados Unidos. Mr. Seward pareció sorprenderse mucho al oír esta noticia; después se calmó un poco y, sin preguntarme la manera con que había llegado a mi conocimiento, me dijo en tono de aparente indiferencia que no la creía muy probable, aunque tampoco le parecía enteramente imposible. Esta especie, que a mi juicio tiene muchos grados de probabilidad, me la dijo anoche en reserva el Sr. Tassara, en el baile del ministro del Brasil. Me ofreció, además, comunicarme otras varias cosas y por el interés de saberlas quedé de verlo hoy.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero